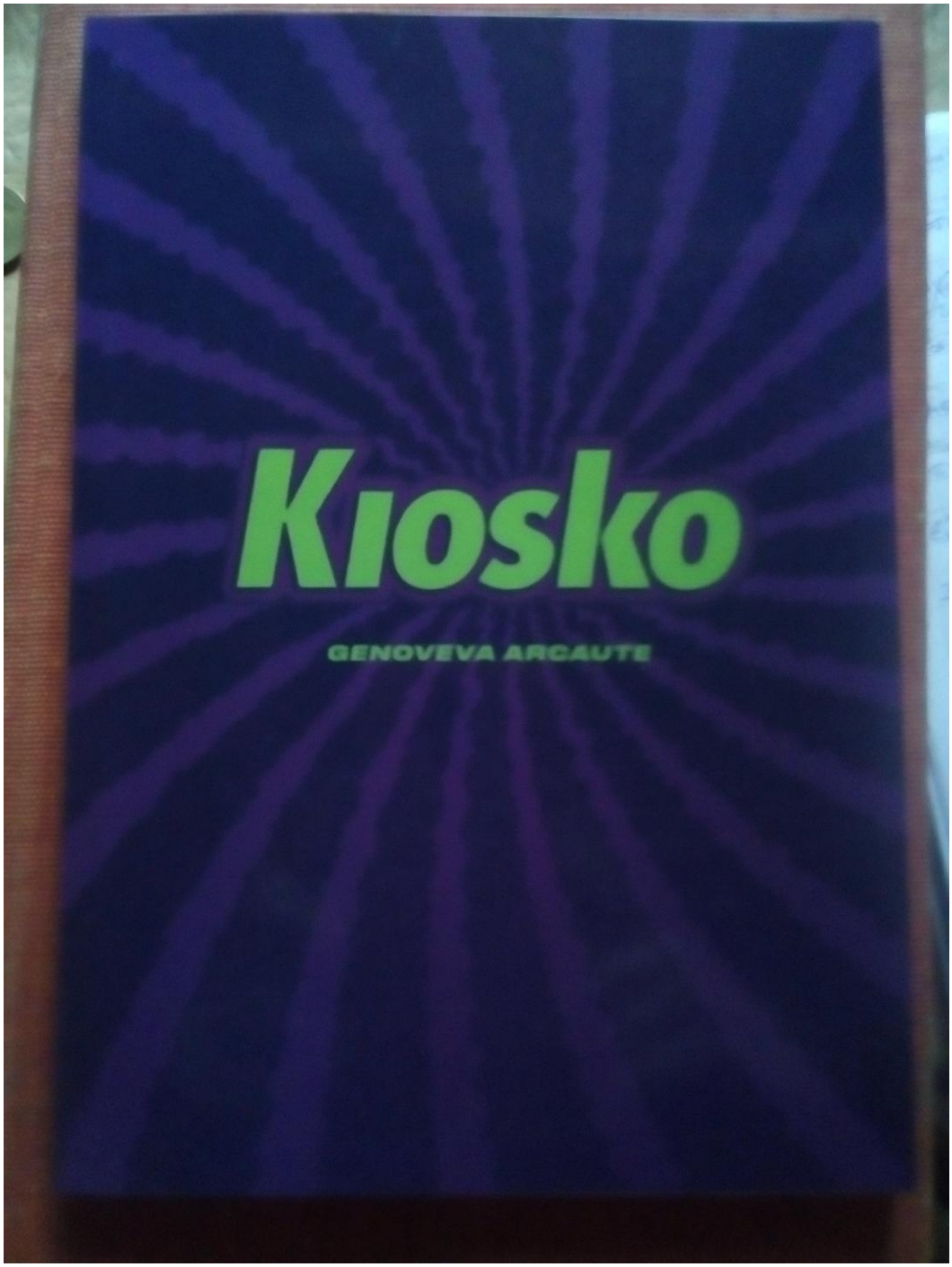
Kiosko
GENOVEVA ARCAUTE

K I O S C O

Genoveva Arcaute

genoarcaute@hotmail.com

Tres papeles

Barbi se para frente a su madre, la mide como para pegarle. Eso sugiere la rigidez de su mueca. La mujer hace silencio, se resiste a decirlo, no quiere decirlo. Barbi acecha, los ojos entornados. La habitación está en penumbra, los muebles erráticos oscilan en la luz escasa del atardecer.

El silencio es un círculo rojo que marca… En él, suburbio de los suburbios, el corazón del suburbio más deshilachado de una ciudad, lindera con otra ciudad y otra más, que quizá es la misma, una cámara de cine podría alejarse en busca de un contorno, un confín, en vano. Sólo un hormiguero de luces mínimas, amarillas en hileras desparejas.

Barbi grita ultimátum a su madre y las hormigas tiemblan, o titilan. Deja su puesto a espaldas de la puerta, papel en mano y rodea la mesa llena de porquerías (esmalte de uñas, cepillo de ropa, chirimbolos de souvenir,

tijeraS, pegamento, una caja de costura, una taza de té llena de cupones, latas de cerveza).

Barbi ahora deja el papel sobre la mesa con el puño cerrado, lo arruga, pero apenas un pliegue. Los zumbidos y las voces confusas no cesan, hay máquinas hablando alrededor.

-Dice que no firmaste, el plazo se vence.

La madre calla. Ahora resiste, sólo en el borde de su mentón.

Se acabó el acoso.

Del otro lado hay obstinación.

O apenas capricho.

Sin embargo.

Barbi toma la tijera y busca qué cortar.

No la garganta de la madre. Las paredes son delgadas y hay demasiadas voces. Alguien subió el volumen. ¿Para no escucharlas?

Tendría que firmar un juez. La madre no firmó la autorización. La escondió. Y son los últimos días, Barbi lo sabe. Y hay cientos como ella. Que han firmado con la letra del deseo y toda la sangre que les corre por el cuerpo.

Todas esas madres.

Los nudillos de la mano de Barbi están blancos sobre la mesa y sobre las tijeras. ¿Cortinas? No pueden ser más patéticas, una fealdad que ni

siquiera conmueve. No hay ropa a la vista, no ropa buena. Sí hay prendas a lavar, prendas lavadas en montones dispersos. Otros días hay pilas dobladas como hinchados edemas blancos de algodón.
Pero hay cables y Barbi piensa en cortarlos. Un relámpago dura el impulso necio, imagen del relámpago que la fulminaría. No corta los cables.

Entonces sorprende la mirada de la madre en las puertas altas del bargueño. El mueble venía con el departamento y está lleno de pertenencias ajenas. Antes Barbi solía recorrer esas cosas, como un álbum cargado de sorpresas. Casi no lo usan. Mucho esfuerzo ordenar y comprimir esas bagatelas para aprovechar cincuenta centímetros cúbicos. Llenarlos de nuevas bagatelas y confundirlas con las otras.

Las puertas están a más de dos metros del suelo. Los ojos de Barbi lanzan una tanza entre los ojos de la madre y la altura. Cuando los desvía con torpeza ya es tarde. Barbi se compacta y se estira. Sus piernas delgadísimas miden más de un metro pero se quiebran como las de un artrópodo. En esa altura avanza sobre la mesa, apoya un pie en el estante a metro del piso y el otro en una zancada inmensa al medio del mueble, los dedos descalzos prendidos al espesor de la madera. Una esquina blanca de papel sobresale ahora que su cabeza se pega al mueble, en su parte más alta. Y ya está frente a la madre blandiendo el maldito papel.

Conchudo papel. El puño, el otro vuelve a la tijera pero no la agarra. Es amenaza. Descansa cerrado sobre el metal. Y se desliza hasta el bolígrafo azul, junto a la taza de té sucia, con poso de azúcar. La seca voz de Barbi dice en un grito, chasquido, cola de reptil *firmá.* La palma no es puño pero hay trompada en los dedos blancos. ¿Dónde se fue la sangre?

Plancha la palma el papel y la otra apunta entre los ojos el fino cilindro azul. Si disparara haría un tercer ojo en la frente. No hay palabras para ella firmando. Como no hubo para negarse. Ni aire de suspiro ¿Tanto valor el garabato de esa mujer? ¿Quién puede cuestionar el grafismo, su autenticidad, la aquiescencia con que se hizo? ¿Quién, en los tribunales?

Firma.

Arriba dice *Autorizo a usar la imagen de mi hija Bárbara a la firma…*

El nombre de la empresa poco dice a fuerza de estar en siete de cada diez objetos de uso diario. Un color, el rojo, pero ese rojo y no otro, en su mínima dosis, es más que mil palabras. Que ya fueron dichas.

Gracias, arrebata con un gesto de hielo.

Javier la va a ver pasar, espera en una esquina con cierta ansiedad, porque sabe que estaba en vísperas de algo importante para ella. Y también que cuando se obstina es de temer. Enfoca, apunta, estrecha su mira hasta hacerla un filo de muerte. Y él no puede llevarle la contraria.

Deja de existir cuando la mira a los ojos. Nunca pondría en peligro el lazo que los une. Aunque se nutra de ¿lástima? ¿curiosidad?

Él se sabe único, diferente y odia su condición. Y quizá ella lo quiera –es un decir- por eso. Planta su capricho.

Javier merodea el kiosco, pero no entra casi nunca. Cuando entra sale con pastillas para el abuelo, por ejemplo, como si no fuera del barrio. Mirando para abajo, para que no le busquen lo que no se ve. En los ojos.

Por los ojos de Javier se pierde el mundo. Y esos ojos los tuvo su padre, pero su abuelo no. Esos ojos que registran el mundo de Barbi. Porque ni siquiera ella es ella en el filtro de su mirada monstruosa. Porque ni siquiera en su mirada poderosa ella es ella, ¿entonces? Y ahora le fue bien o mal.

Le fue bien. No cabe que suceda otra cosa en la angosta caja del destino.

Viene ella. Y viene ella. Calle adelante, toda luz. Eso sí lo puede ver. Como lo vería cualquiera. ¿Y ella? ¿Qué ve ella con esos ojos de miel con semillas?

Las piernas no son patas de araña ya, son largas y doradas. Piernas doradas, largas, rodillas de caramelo. Transparentes al sol. Ella es en un solo color, monocromía única. Milagro que no se vea el hueso. En los pies lona y caucho, fundidos. Son de anuncio. No todavía. Ahora sí.

Que la madre firmó.

Y ella envió el papel con todos los recaudos, despachado con toda seguridad y garantías. Es que la respuesta postal estaba pagada, y debía ser en papel, sólido, tangible, nada de impulsos eléctricos y virtuales, la firma tiene espesor, tiene masa, parece mentira que sólo valga el papel. Iba en otro sobre, especial, y por la tarifa más alta, quería estar más segura que todas las promesas. El tiempo de los sueños y las promesas quedaba atrás.

Había pagado el envío con *su* dinero. Bien suyo puesto que lo había robado. Un poco a la madre y otro poco del kiosco. Con la caja a la vista y el permiso que se tomaba de entrar y pasar detrás del mostrador. Sólo cruzarlo, pasar la línea. En la penumbra, sola, fue tan fácil.
Y el otro poco de su trabajo. Que también era robar, vamos, lo de los ti-pops, que todos decían ti-pos. Claro que no se lo dijo al promotor. Comer golosina delante de otros y cobrar por eso ¿no era robo acaso?

Barbi vuela con el papel del envío en la pinza fina de la mano sin saber a quién vería primero. Si fuera Madelén, -deseo-. Mostraría satisfacción heroica y orgullo y revancha y algo de serenidad principesca. Se le debía, sí, se le debía.

A esa hora de la tarde el kiosco empezaba a ser el kiosco. Como un enorme inflable crecía y crecía. Sus miembros se instalaban afuera, desperezándose. El volumen se duplicaba, se triplicaba hacia la calle. La

marquesina se desenrollaba y los laterales se erguían. Como pseudópodos. Miembros en reposo, claro, el conjunto no se movía aunque sí se mecía con el viento, las plumas de celofán, los sobres de papel metalizado ondeaban y emitían una pequeña vibración cargada de electricidad mínima. Les faltaba dar luz en esos momentos. Sí estaba encendido el frigorífico, asentado después de ser empujado quién sabe cómo por Madelén, lleno de gas y humo. Los exhibidores de alambre se sujetaban con broches a una estructura de caños. Los carteles se bajaban como telones o simplemente se desplegaban sombreando la entrada. Donde se cernían otros seres o extensiones de adentro, con cavidades, colgaderos o estantes que Madelén completaba minuciosamente con las novedades o con lo más pedido, si había nueva campaña, si las promociones lo exigían.

Cuando Barbi llegó estaba Ceci nebulizándose. Una trompa corrugada le salía de la espalda.

La boquilla abarcaba la nariz, como barbijo que hacía efecto de chupete.

Los ojos se le ponían redondos y un rocío fino le tapaba la frente.

Algo del vapor se escapaba y formaba una nube delante de la cara.

Mientras los puños se abrían y cerraban percibiendo que el aire con químicos al humo se abrían camino en el cuerpo.

El aparato emitía un suave rumor.

Un runrún de eficiencia.

Pero la vida se suspendía mientras nebulizaba.

A lo mejor eso quería Ceci.

No es vicio- repetía.

En el kiosco ya le aceptaban ese enfrascarse y conectarse sin preguntas. Las habían hecho todas. Antes venía a veces sin la mochila. Pero una vez los tribles le hicieron anafilaxis. Desde entonces no se separa del *nebu*. Mascota de ella. Ella su mascota.

Vieron a Barbi de lejos, los brazos como aspas, los pies en todos los ángulos de la carrera y más. Ya parecía que la imagen cedida estaba apareciendo. Pero no, tendría que pasar un tiempo, breve, sí, para eso. Era la Barbi monda, fresca, de siempre. Y no era poca cosa. Pero quién sabe qué fantástica apariencia tomaría –mejor decir apariencias- cuando empezara a funcionar el cambio.

Este papel es el recibo del correo. El otro, la autorización de la madre. Ya viaja. Como una carta a la cigüeña para que traiga a la nueva Barbi, así de simple.

Y real.

Eso es lo de menos.

¿Quién sabe qué es lo real?

Esa fue la última perplejidad planteada en el ágora-antro, en el kiosco:

Los nuevos Killdren habían entrado en emergencia. Hubo que liquidarlos, a precio de promoción, y en estado casi líquido. El que compró y comió uno de esos después de la tormenta de argumentos debe estar todavía

con eccemas, o salmonelosis, o ataque de pánico. El caso es que se dudó de su existencia a la luz azul de los anuncios. Precisamente las horas de apagón activaron algún tipo de proliferación de bacterias o simplemente se produjo una serie de combinaciones esperables de elementos, en virtud de la ley que obliga a compartir lo que sobra –es un decir- y llenar huecos de otros, vecinos de envase. El caso es, también, que no se puede discutir cuando hay una digestión complicada. Hubo que hacerles tocar uno por uno los productos top. Dijo Madelén a Yac *tendrías que haber estado*, pero sin sonrisa. Y Yac la miró *sí estuve.*

Madelén y Yac. Yac y Madelén. Conducen e instalan el kiosco. Lo habitan o lo habitaron en otros tiempos. Es que ellos son el lugar. La llegada, después de salir de clases. La diversión, la pasión, las luces, la radio con música, lo nuevo. El núcleo de los envases, los frascos y los paquetes. Los blister. Formas que son y contienen sustancias con azúcar, disfrazadas de azúcar, con recuerdo de azúcar. Acetilos y jugos fantasías. En los nombres y las figuras de animales que ilustran el papel de metal y adhesivo, el pac que encierra el nuevo recipiente que se disuelve en la saliva y trae corazón de otra cosa, la sorpresa que no se detiene. En redomas como gotas, pebecé mágico que cambia de forma, proteico y banal. Pero suave al tacto, la presión del dedo, el desliz de la yema. Madelén y Yac son envases, redomas antrpomórficas, botellones gino-andromórficos, rellenos de una química total, absoluta. Son todo por que todo lo contienen, en los

dos, en cada uno, en el cuarto que ocupan con su farmacia mágica. Dueños de un fondo de comercio y la propiedad. O no, quién lo sabe…
No Barbi, que ve a Madelén como su metáfora, modelo, amiga, espejo que le confirma su liderazgo. Y ahora destino de la ofrenda.

El tique de correo prueba que la autorización firmada viaja a la entraña de la organización que administra imágenes, usina máxima de la escena del mundo. Del otro, del mundo de los vivos será tomada Barbi para hacerla entrar en otro nivel de percepción. De ser percibida. Aunque acá el que percibe es HaB.

Viene, a lo lejos veo que viene. Y veo más, veo que despide en torno un transporte de entusiasmo, desaforado, una cumbre de excitación. Es una fiesta para la que no hay invitación. Viene. No es otra la que llevan esas piernas. Ofender suponerla sólo piernas. Sí, masa de pan dorada, vello de fruta inútil cosecharlo si no a lengua, hombros afilados de hueso forrado, senos apenas bajo el algodón pastel, grandes, y nadie sabría qué nombre ponerles. Altura y esfera, ónfalos juguete que se eriza y clava. Y furia. Toda es un crustáceo en la plancha del hambre. Cruje y es de crema. El limón del gesto es su rúbrica. *Pasa sin verme. Yo que la veo con todos los ojos y el cerebro que está en ellos.*

Oro suspendido.

Yo solo la veo así. Gracias a mi enfermedad. Punto ciego que mira. Tronco de neuronas sensibles a la luz. Doble fovea que penetra y es penetrada de luz. Y de ella. Que hace como si no supiera lo que es. Gracia de mi enfermedad-

Sólo él la ve. Y eso lo tira lejos de los demás que lo aceptan y lo rechazan a capricho, siempre con desdén. Temen su diferencia. También está que es bello pero defectuoso. Agrega monstruo al monstruo, como si engañara su aspecto admirable con lo que oculta y amenaza. Rencor y resentimiento es el color de esas conductas. Entonces por qué será que Madelén y Yac lo tratan con cierto respeto, distante. Los demás interpretan que ellos sienten el temor y la amenaza de un poder y redoblan prevenciones. Yac y Madelén saben el valor de su defecto… Pero los otros. Quién quiere su amistad, su aceptación. Y la soledad que viene de todo ello. Delicada, compleja trama de seres cuya brutalidad engarza la hebra de metales que hiere.

Barbi llega sin aliento, la nube que la trae brillantina y oro, gel en evaporación, coloidales de ritmo y transparencia, se aquieta de a poco. Polvo de llanura urbana que vuelve a tierra bajo cascos que se frenan. El tique y la mano entran antes.

-¡Madelén! ¡Madelén! ¡Firmó! ¡Mamá firmó!

-¡Guacha!

-¡Mandé la planilla recién!

-¡Carísimo el expreso!

-¡Tuve que arrancárselo!

-¡Rompí el mueble donde lo tenía!

-¡Guacha!

-¡Conchuda!

¡La agarré dormida cansada abdominizó toda la semana!

-Se está quebrando por el medio.

-¡Lo mandé!

-¡Lo mandaste!- dijo Madelén. Entornando los ojos, detrás del mostrador, sin pretender fingir la mínima emoción. Y se perdió en el fondo del local, dejándola en jadeo, oprimiendo el tique contra el pecho y la otra mano disciplinando el pelo con un gesto que era suyo y nada más. Vuelve con un killdren envuelto en metal, serie limitada, lo que se dice un special, Es apenas más grande, azul y plata. Como si trajera un champagne para brindar.

-¿Y eso?

-Llegaron recién.

-¿Para las fiestas?

-Claro, pero esta es nuestra fiesta, tu fiesta.- subraya y pela la golosina con una uña blanca y falsa. Un crac de frescura.

-¿Qué trae?- mientras pela el fino papel que va siendo viruta y astilla. Se detiene esperando ver cómo se manipula esta maravilla.

-Beili con frutas del bosque, cuidado mancharte.- y sorbe después de cascar con los dientes de adelante. Barbi apura su copa de chocolate bajo

en grasa y enriquecido con leche descremada –parcialmente-, delgadísimo cristal de azúcar, y frutas levemente alcoholizadas y pasan por su legua. Un regusto a edulcorante sigue al cortejo delicioso y ya tiene subido a la cabeza el mínimo tenor de alcohol del contenido.

En el kiosco sigue la fiesta. Los killdren celebran la llegada de la serie especial. La víbora azul de luz y gas –anuncio de cerveza que no hay- es una serpentina de cumpleaños. Saborean la miel que compraron, ellos sí, con gusto a la fama que le vendrá a ella, la elegida.

Se entregan a todas las arremetidas del gusto y los otros sentidos, no a otra cosa es atribuible al exceso de envoltorio. Los dedos pringosos, el crishhh del papel, el jugo que cuela de las grietas… El kiosco es sinestesia exhaustiva. El sabor que te acompaña. Madelén administra el placer. Madelén.

A saber: delgada. Y eso bastaría. Flaca. De fémures y húmeros, allí donde la clavícula. De tobillos y hasta, por supuesto, de cuello. A pesar, o a causa, de su cara caballuna, en el buen sentido. A saber: mandíbula fuerte, para cobijar pliegues de sonrisa y hoyuelos, buenos dientes. Y largo el cuello. Para admitir pañuelos, cintas, suéteres gruesos hasta la barbilla, siempre el mentón despejado. Y sin embargo. Los cuellos de camisa le van de maravilla. A menudo tiene una camisa blanca, mórbida, impecable. Todas las posturas le sientan con camisa blanca, como un milagro.

Madelén. Jeans, siempre, sólo excepcionalmente blancos. Y el pelo es claro. O muy claro, por mechas. Al descuido. Laterales largos como un flequillo olvidado –sin darse cuenta creció demasiado- ¡Ay, lo que puede llevar ese descuido! Si está todo el día en el kiosco, o comprando, o de bancos. Madelén. Jeans, siempre, sólo a veces blancos, claros, oscuros, gastados, con pespuntes amarillos o sin. Nadie sabe decir si es alta o no. Es delgada. Prefiere el chicle, aunque siempre brinda. Cuando llega algo nuevo, siempre prueba, pero ¿come?

Usa cinturones de cuero natural, crudo, con hebilla de hombre, con la camisa blanca. Entonces Barbi está enamorada de ella. ¿Cómo no? Y Fac también, pero a su manera vulgar. Transparente y grosero. HaB no. Probablemente le teme. Pero él la ha visto así, él dicta esta descripción, separando con sus ojos de pinza cada una de las partes. Con sus ojos fríos de ver la verdad, él ha visto a Madelén. Los demás, aún si oyeran su descripción, sólo verían un hada, una luz, una voz, mediadora de un mundo de sabor.

Lo mismo digo de Yac. Entre los dos son un cuerpo y una sombra.

En la puerta y entre el freezer y los cajones de ¡burbujas! recién llegados, están de conversación.

-Tengo pribles

-Yo tengo balunes.

-De cronberri.

-Me lo dio Madelén.

-Yo de uotermelon.

-El ananá es azul.

-No. El cronberri es violeta.

-El cronberri no existe.

-Y el melon

- El melon no existe.

-Parece frutilla.

-La frutilla es roja.

-Eso se sabe.

-Madelén me da espécial.

-Cronberri no es espécial.

-Te regala un veinte por ciento más.

-El súper.

-El espécial.

-Mónster no tiene súper.

-Mónster no tiene espécial.

-Mónster no tiene mónster.

-El de oferta.

-El cincuenta por ciento más.

-El sabor de tu éxito.

-¡Uou!

-Barbi.

-¡Barbi!

-Barbi.

Trae el tique en el bolsillo de atrás del short de denim cortísimo. Y el ángulo del brazo, codo redondo liso dorado se apoya en la cintura de atrás, quebrado, al tiempo que una rodilla baja. Bella foto, quieta así durante un suspiro. Y eso que la autorización recién está viajando. Busca con esos ojos a Madelén ¿o está Yac? ¿Alguien los vio juntos? ¿Son dos personas imagen en una unidad de cuerpo? Ahora no entra en discusiones. Pero se pregunta cómo ordenan sus horarios. Debería estar Madelén.

Ahora le está alcanzando un espidi. Ella lo toma sin ganas. No le está haciendo falta… más bien una chocolatada, de las sedantes, esas para el insomnio, que le ponga un peso en el estómago y la afirme al piso. E impida que su cabeza vuele, suelta, cargada de latidos. No necesita espidi, furiosa como está. Madelén se adueña de ella, la acoge detrás del mostrador, la aparta de los otros, pero no más allá de donde la ven, desde afuera, sesgo dorado entre las heladeras.

La trastienda es oscura y secreta. Y se dice –se dice, se dice, se dice- que sólo hay carteles viejos, envases y heladeras de repuesto, que los consignatarios se olvidaron de retirar. No se puede estar sin heladeras, se arriesga mucho capital y por otra parte, el frío intenso es a veces la única sustancia de lo que venden allí. Una vez se rompió la cadena de frío, por negligencia o atroz casualidad y empezó a fermentar el relleno de los tipops. La cubierta fina de glacé se fundió y se mezcló con lo de adentro. Después se reenfriaron, pero la química desatada produjo sabores

simplemente horribles, no aptos para los restringidos paladares de los clientes. Es que el umbral de su gusto abarca o se extiende a lo dulce, sin resquicios, liso y continuo como mármol tibio. También hay un cartel de UxS de cuando los dueños tenían local en la costa. Es rojo y negro. Pero flúo. Cuando está apagado brilla en el fondo de la trastienda. Dicen los que entraron. Los que se colaron. No se colaron. Yac los dejó entrar, para que vieran. Los acechó, los esperó. Los dejó horas. Que abrieran las heladeras, que comieran lo que quisieran. Lo que estaba vencido, para devolver. Y Yac apareció, se rió de ellos… Los trató de idiotas, que engañan a los que los tratan bien. Esa noche no habían ido al colegio. Habían ido, pero se fueron apenas entrados. Encontraron la cortina mal cerrada, que no cerraba bien. Adentro no ponen llave, hay tantas cosas que no cierra del todo. No se puede comer lo vencido. Es difícil leer la fecha, se confunde el mes y el año, y a veces ponen hasta la hora. Cuando los pribles se vencen se pudren. Y no tienen gusto a prible. Se parece al líquido de Ceci.

Barbi se terminó el espidi. Aunque ya estaba en un nivel de saturación. Si quisiera efecto espidi le avisaría a Madelén o buscaría al promotor. Aunque el efecto espidi está en ella, es parte de su furia, de su agilidad de araña, su frialdad de reptil, su decisión de navaja en una línea de puntos.

Ceci calla cuando se la agarran con sus frascos. Y no se desprende de la mochila. Se aferra. Ahora que Barbi llegó y se enfureció por la tardanza de

Madelén, el aparato zumba en su espalda y la boquilla asoma debajo de su cuello alto, tapado por otro cuello. Pero no hace frío. Ahora que Yac corre unas cajas, lívido debajo de la sierpe azul de luz que regaló una cerveza. En su rol de amo del lugar, calla, registra y ordena. Deja que Madelén anude vínculos. Aunque dicen que es tremendamente divertido fuera del kiosco. ¿Pero cuándo?

Hay un estíquer grande pegado en el medio del vidrio de la puerta donde se lee, aunque a medias despegado, *24 horas abierto.* Pero los cuentos de los que se metieron esa noche lo desmienten. Porque estaba cerrado, a oscuras. Y Yac estuvo con ellos, acechándolos. Quizá en épocas mejores, lejanas, de prosperidad, cuando no era posible comprar una golosina después de cierta hora, menos en la madrugada, el kiosco haya funcionado en horario continuo, como un oasis para los sedientos de placeres golosos, insomnes, tristes. Cómo sobrevivir a los caprichos en tiempos tan duros…

-Ceci, dame una chupada.

-Ceci la chupa.

-Ceci, chupála.

-Ceci, pasá la máquina.

-Ceci, te pincho el frasco.

-Ceci, convidá.

-Un poco a todos.

Ceci retrocede, se minimiza hasta hacer espalda entre el exhibidor de esnacs y el cristal abarrotado de jirones de color. Aprieta la mochila que zumba a batería en su espalda y con el barbijo puesto, apenas visible, respira finito, no el apretado aire de la noche sino las burbujas que lo filtran con químicos de salvación.

Dura poco el acoso.

Ya está Fac doblando la esquina. Ha seguido a Barbi, que finge no verlo. Suerte para Ceci, que sabe que si hubiera llegado durante su breve lapso de protagonismo hubiera liderado la broma y el riesgo hubiera sido mayor. Le tiene miedo a Fac. Otra vez quedarse boqueando al aire de la noche con los conductos pegados en espasmo de muerte. O de casi muerte.

-Uou, Barbi- dice Fac

-Uou, Barbi.

-Uou, uou.

Pero Barbi ya está adentro metiendo mano cuidadosa a las pilas ordenadas y simétricas de pastillas sin azúcar. Busca mentol triple, las únicas que le sueltan el nudo atrás del paladar, a fuerza de anestesia. Casi le pediría a Ceci una bocanada de aire a motor, un brusco estallido después de tragar que le quite la angustia de ese lugar donde vuelve. Eso es lo que le hace el mentol. Un golpe de sabor y frescura, punch.

Pero es Madelén quien la saca del trance. Sale del fondo oscuro, siempre estuvo o entró por la puerta secreta que se dice hay después de un patio que nadie vio, y que da a un pasillo de departamentos larguísimo que daría a la calle paralela, de atrás, si no es que dobla sin que te des cuenta, como dijo la vieja del laverrap, antes de cerrar el negocio, harta de ser asaltada y embadurnada por ladrones que se llevaban las bolsa de ropa limpia, o sucia y vaciaban los bidones de todos los líquidos, por diversión, no va a ser por las cuatro monedas de la caja.

Sale del fondo con cara de sueño, divina, estirándose la camiseta blanca que se le enrolló sobre el ombligo, esponjándose las mechas con la otra mano (casi esperan ver los flashes, la cámara, la sobreimpresión de una marca)

Enfoca a Barbi que suspensa, no sabe qué más agregar a la noticia. Es tan breve la euforia, tan vacío el instante que sigue. Congelarse bajando las escaleras, zancando la calle, los dedos blancos agarrando el papel. ¡Qué ahogo se atrevería a cortar el aire que la inundaba en ese frágil, y tanto, momento!

-¿Emostase? -En un susurro.

-Creo que sí. –Una gloria de alivio. Sus pupilas miel y semillas casi no se ven de achicadas, es una bolsa de pribles estrujada, sin sabor, caída libre. Estallan mientras ellas se entienden los plopsrocs en las bocas del grupo. No es fácil coordinar que todos al mismo tiempo muerdan y liberen el pequeño gas de alegría. Mascan todos juntos y lo están logrando. La salva

de chasquidos y una nube de frutillita los abstrae. Barbi aprovecha y se desliza con la paciencia al límite. Tiene que hablar con Madelén. Contarle una y otra vez.

Entonces, como un destello
se le cruza,
o como un subliminal al pasar,
tan fuerte es el foco de su mente
con algo del modelo de los baluns,
el soslayo del afiche con burbujas:
un latigazo de presencia,
HaB desolado en la esquina de su carrera triunfal.
Por qué, por qué, por qué ahora, ¿porquesísimo aparecerse justo ahora, pájaro de agüero?
Pero ya la va a ver, cuando la imagen trabajada cumpla su apoteosis de manera constante y duradera y la distancia con él sea tan enorme que pueda olvidar su mirada melancólica, monstruosa que ve donde ella no quiere que nadie vea.

Por eso, porque ve donde nadie ve, a causa de ese defecto que nunca le investigaron del todo, es que HaB no quiere que Barbi *preste* su imagen (él nunca usa *ceder*). Hay muchos cuentos por ahí, pero ahora busca confirmación, la verdad del asunto si es que no es demasiado tarde. Sabe que el cerebro de Barbi ha venido resistiendo a los efectos de las

golosinas del kiosco, es un decir, a las conversaciones que allí se trenzan, que resiste con una furia indiscriminada, que vive descalificando con miradas todo lo que allí pasa y sin embargo, pertenece a Madelén, como si esa especie de líder fuera otra cosa, despegada del tono general, ajena a la categoría de los clientes. Y la ha visto enloqueciendo a todos con su indiferencia, con sus desplantes. Él piensa que ella debe tener una química natural, una inmunidad para no sentir los embates de los dulces en la sangre y después en todas las consecuencias que derivan. Aunque es rumor que no consume sino emostase, mentol y algún edulcorante suave. De ahí quizá la furia de las réplicas, la manera de pararse a un par de metros de distancia, un estilo que HaB sufre con fruición, a más distancia todavía, desde la esquina o desde enfrente, fingiendo que se detiene a buscar algo en su mochila o haciéndose el tonto nada más.

Alimentando así el supuesto de su enfermedad, nada visible por fuera, es más, corrigiendo la belleza de sus rasgos, la dulzura de la mirada con un estigma de diferencia, atizado con envidia.

Y le da placer que eso lo hermane con ella, y eso la enfurezca, tan perfecta.

Adora su enojo, perro de casa al que ponen en su lugar con un grito en alemán.

Ama que lo enfoque, miel con semillas enojos de tigre.

Su mirada le da existencia.

Emostase es el placer del equilibrio. Venta libre. Dudas al médico. Barbi no duda. Y no tiene médico. Su médico es Madelén. Y en la caja de zapatos que desborda blisters que crujen cuando se les mete mano, siempre hay algo para lo que pasa hoy. Por ejemplo, para la caída libre, que la asalta todas las tardes –que son sus mañanas- Hay en esa caja unas blancas, ranuradas, con un sello en el revés, que recomiendan fraccionar después de quebrada. Un cuarto basta para extender la lona del bombero, la red del acróbata. Placer de sentir que la pluma que uno es se mece en la bolsa química que sólo está en el cerebro.

Para la euforia también hay, pero naturalmente es otra, un sobre con polvos que se echan en el té. Regula el oxígeno que llega a la sangre, retarda el aire que transita allí dentro y ya no se siente el corazón. Te baja, te baja a un nirvana imperceptible desde afuera, pero te deja un resto de voluntad para anudar los cabos sueltos y ponerte a andar. También tiene Madelén para el llanto –detenerlo o provocarlo- la risa imparable, hasta la arcada si la dosis es alta. Con éstas hay quienes se duermen entre risas y siguen, agotados por las carcajadas, como si estuvieran soñando con payasos desaforados.

Pero para el mal de Barbi no hay como el emostase. Por supuesto no lo cura, lo trata, lo tapa, regula las secreciones hipotálamas y pacta treguas entre la caravana de bienestar y los asaltantes del camino que las saquean. Y cada cual se queda en su sitio hasta que el efecto pasa y se reanuda la hostilidad, la inquietud, la desazón. Los caminos de la mente

vuelven a ser peligrosos como antes. No hay pastilla para el mal de Barbi. Pero el emostase es el placer del equilibrio. Lo es, pero quizá no es lo que Barbi está buscando.

Lo pasa con pura bubleroc –guarda una fobia infantil al arrastre del talco por el paladar- y puede mirar a Fac desde su altura soberana otra vez.

-Barbi Barbi Barbi- y le mete mano como siempre, lascivo y amistoso. ¿Por qué se lo permite? ¿O acaso le gusta? ¿O le da igual?

Ojalá los ojos de lechuza de HaB estén cerca y le claven la pregunta en medio de la frente.

Barbi hace lo que quiere, que quede claro.

A saber

Fac le mete mano

¡Barbi Barbi Barbi!

Ella lo deja

Ella quiere que le meta mano

HaB está mirando

Como él sabe mirar

Dicen que ve más

O ve distinto

Ve que Fac le mete mano

Barbi lo deja

HaB está mirando con su mirada especial, única, monstruosa.

En la escuela no hubo salvas de cañón ni discursos en el gimnasio por la promoción de Barbi a estrella de la megaempresa de comunicación. Pero sí se enteraron los profesores. Nadie hizo un tema con ello pero secretamente varios sintieron en el pecho o en los centros nerviosos de la lascivia, una clava. En ellas envidia en ellos deseo y despecho en todos. Y en todos los matices que no se dejan pormenorizar una colosal aunque de buena leche, admiración. El logro tenía la marca de lo inalcanzable.

Las profesoras de la mañana regurgitaron frene al caldo del almuerzo en el salón comedor. Las de la noche, más sueltas trataban de recordar cuándo les pudo pasar algo así. Y deseaban el momento de irse de un ambiente tan policial para poder masticar la noticia con otros hasta dejarla como baraja sucia.

Fue un cortejo ensimismado el que salió al fin del horario, ese día. Sólo, sólo, y eso fue lo único que tuvo de exterior la cuestión, de visible para todos, un par de alumnos-noche, que habían pasado por el kiosco en busca de estímulos y golosinas, se treparon al mástil, se apretaron como koalas de peluche y pegaron unos alaridos de hurra, uou, desde el tope, y seguramente más de tres, profes, alumnos y porteros, se hicieron pajas por adelantado. La directora se la hizo hacer, lo vieron por el cartón roto del vidrio que falta. Y sólo con la imagen de la memoria, meramente, poster desgarrado, de pobre color, sin los aditamentos de los subliminales que vendrían después. Porque Barbi tenía un altar en la cabeza de todos, para el goce de la pura evocación.

Y ahora iba a ser transfigurada. Y crecería el tendal de embobados, hongos de humedad en las baldosas del barrio, en las grietas de los muros.

De visita

HaB se había impuesto ir. No quería, rehuía esas entrevistas vulgares donde se pone en juego la caja de signos de un código aparentemente fácil. Para él no es fácil. La madre de Barbi. Los buenos días. O buenas tardes, es tan fácil confundirse. La estrategia para entrar (¿puedo pasar y esperarla?) Ahora, ahora mismo que no está y podemos decir cosas sin pensar. Y asegurarse de lo que es rumor de envidia y admiración, que todo lo desdibujan. Ir de frente y preguntar. Parece una mujer accesible, la ha visto muchas veces, de lejos, como él sabe ver. O más simplemente la ha visto. Y no asusta, invita. Desamparo, soledad, entendió su excesivo repertorio de perceptores. Intuye además, o adivina, pensando en su abuelo, que está mortalmente aburrida.

Sabe perfectamente que ella no está. Y que no hay nadie más, no padre, no hombre allí. Lo que hay es una máquina, una múltiple de muscular, abdominizar y flexitonificar, pero HaB no conoce esas palabras, apenas que esa mujer está algo mal de la cabeza, como todos, nada más que en un estilo personal. Y se trata nada más que de saber cuál es el vertedero de ese mal, para dónde apunta, para dónde dispara. Lo que no disminuye su temor. Pese a saber que la obsesión de la madre de Barbi es la figura,

la silueta, la imagen, la belleza. Igual que Barbi… aunque idealista como es, nunca las emparejaría. Nadie lo haría, claro. Lo que en una es don, esencia, correlato natural de cada gesto en la otra es esfuerzo, desvío, logro parcial, escorzo buscado. Barbi es demasiado bella, ensañamiento que roza el mal y disuelve todo pacto, toda certeza, toda verdad adquirida. Ella está en su belleza y ahuyenta toda posibilidad de cambiar de tema. Quizá –y se parezca a su madre- esté mortalmente aburrida de sí misma. Y si está enfocada en su aspecto –cómo no estarlo- es más que eso. En su furia busca y necesita más, una especie de olvido, de desasimiento que la saque de las miradas que la cercan, en arrobo constante y que la mantienen quieta, detenida. Quizá más que Ceci, necesite un poco de aire, o como él, que ve mal, ve más, porque le falta, le falta, le falte.

La puerta entreabierta, olor a comida de caja –cartón caliente y enfriado, plástico fundido- y a humitos de perfume, vainilla y coco químicos, pasta horneada en las calles (no equivocarse, en casa de mujeres se huele así pero en vano se buscará el pastel, la confitura). HaB no recuerda el nombre de la mujer, si alguna vez lo supo, un apodo vulgar, Mechi, Mica, Mabi (Mercedes, Micaela, María algo) y saluda ¡Buenos días… tardes! Y entra con prolijidad, es decir, sonando los pies y la puerta para prevenir. Y pasa la cabeza antes que el cuerpo. La encuentra entre los caños de la máquina, poleas abajo, ella, o sus piernas, en torsión, ella o su tronco, oprimido, a la altura del ombligo, ella o sus brazos ¿rotos? Hacia atrás.

HaB lleva sus codos atrás, a ver hasta dónde y no. Ella no puede volver la cabeza.-¿Barbi?

-HaB, buenas…

-¿HaB?

-Amigo de Barbi

-Ella no está.

En la voz no hay dolor, sí cansancio, un gran cansancio.

-En realidad vengo por otra cosa. Ya sé que no está, está en el kiosco. Por eso vine…

Son muchas palabras para un amigo de Barbi, mucha coordinación, y sintaxis. Le está costando entenderlo, quiere volver la cabeza y no puede. Pero no se queja.

-Ella no está.

-Ya lo sé.

-Estará en el kiosco.

-Sí, ya lo sé, acabo de verla pasar.

-Entonces…

-Vine para hablar…

-¿Conmigo?

-Para preguntar.

-Barbi no está.

-Quiero saber si firmó, si autorizó para que le usen la imagen.

Otra vez la complicación. Quiere repetir que Barbi no está, pero de repente se le cruza que él entró, que está en su casa, que puede hacerle

daño, que no cerró con llave, que no está vestida del todo, sólo las vendas frías con gel ionizado que endermologizan los tejidos y fijan el colágeno, -una nueva figura en diez sesiones de oferta, a precio de cinco, en su domicilio y en el horario que disponga. ¡Figura ideal, sin sacrificios, sin dietas, sin pastillas!- el resto de la piel, apretada, tumefacta casi, a la vista de cualquiera. Y la llave, la de Barbi no estaba y la suya, dónde estaba, cuántas veces se la dejaba en la terraza, en la mesa de luz y el cansancio le impedía volver y cerrar como se debe ¿Y qué quería este desconocido?

-Soy HaB y quería preguntarle…

-¡Basta!

-¿Podría salir de ahí?

(Cómo hablar a un rostro en escorzo de esfuerzo, a una mirada de soslayo, a una voz destemplada, hostil… HaB desterraría la hostilidad en las personas, todo su paraíso se resolvería en buenas maneras, voces amigables)

Y se da cuenta del miedo, quiere encarar la pesquisa de otro modo, intuye el miedo, lo ve en la piel que empalidece por parches, en lo que se ve blanco, azul y en los bordes de las verdes enrojece al violeta. ¿Se regresa alguna vez de esos colores de enfermedad? Nunca le gustaron los colores de las lluvias de sol o las cámaras de bronceado que freían a las mujeres en aceites coloidales que engrasaban las capas profundas mientras se asaban en jugos, ni las tinturas de cobre egipcio ni…

-Sí, claro que puedo.

Las nalgas, ahora que con una mano pulsa una tecla oculta que la suelta, se incorporan en unos conos amplios y gelatinosos. *¿Proceso interrumpido?* Dice la vocecita mecánica.

-¿Hace mucho que se puso ahí? (Eso sí se entiende)

-Desde anoche, dormí, y pasé la mañana.-con orgullo y modestia, mientras con una manta esponjosa y blanca se envuelve, manipulando por debajo las compresas que exhalan un vapor, un frío que llega a HaB hasta las mejillas.

-Barbi no está- ahora tranquila que lo reconoce, cree reconocerlo… es el que tiene el defecto, el hijo o nieto del anciano que vive allá… sus rasgos, sus ojos, no se le nota.

-¿Te operaste?

-No.

Ahora toma agua, de una botella blanda, con pico de mamadera. Chupa con avidez y registra con la palma de la otra mano cómo su estómago se va dilatando con el líquido, y se le pone una mueca de disgusto. A pesar del frío seco que despiden las vendas el sudor corre entre los senos ahora que el mantón se le ha resbalado de los hombros. El aire a Barbi se acentúa cuando frunce el ceño pero, HaB se extasía una vez más, qué distancia con el fuego de sus ojos. Miel y semillas, parece haberlas en esa mirada, pero son miel y semillas, meras, color y forma, la frente lívida, las mejillas amoratadas. Es un abismo.

Ella ya está en la cocina, buscando un pastillero con divisiones como los que se usan para las monedas chicas, desparrama el contenido, elige con

el dedo, como una costurera separa botones, tanteando. Toma tres y las traga, monedas, botones, buche breve.

Efecto instantáneo, se yergue, se endurece, frena las miradas con el paño –esos ojos-

-Barbi no está.

-¿Firmó la autorización?

(Miel, mera miel con semillas contra el misterio de estos ojos que ven más, diferente, el revés, los comandos ¿las intenciones? ¿los deseos?)

-*Si, recién mismo*. Se escucha la réplica del film que está en el aparato ahí frente a la máquina de muscular, redondeada con música de suspenso, pero planos de él y la voz de ella, no la actriz: -*Sí, recién mismo* Y la espalda de ella que se aleja. La voz llega entorpecida. Sólo palabras sin ojos: -*Sí, recién mismo.*

HaB cierra los ojos con fuerza y entonces ella afloja las tensiones, como si de ellos salieran hilos de marioneta o alambres eléctricos funcionando al unísono (mesa de disección, tabla de torturas)

-¿Porqué?

Pregunta que ya no existe en el repertorio de ella, ni en la puerta del kiosco, universo cercado de aserciones

-¿Porqué?

De pronto semillas y miel se funden, la pregunta le da miedo, la confunde, los porqués no entran en la máquina (ella sólo da soluciones) ¡Y que venga el defectuoso a descolgar un suéter que nadie usa!

-Sí, hoy mismo.

-¿Y ahora qué le va a pasar?

Lo mira como si hablara en otro idioma, lo escruta buscándole el defecto, la cicatriz. Deja el miedo, paso a la curiosidad ante el monstruo. No le hace daño.

HaB ya sabe lo que quería saber, y aunque querría quedarse entre las cosas de Barbi, ya ha visto y oído lo que buscaba. Ahora, con la certeza, repliega la mirada. Sus ojos múltiples, su tronco de células nerviosas descansa en el pensamiento. No debió preguntar por qué, ni cuándo. Debe saber que hay que manejarse con un puñado de *qués, cómos, ahoras* y *ya.* Y *basta*, como le había dicho ella.

Que se recoge en su envoltura blanca, mete sus manos adentro y desliza el gel por las comisuras, por el raso de la piel. Se demora sintiendo los huesos por debajo, las puntas, los quiebres, las crestas, los codos, el filo de las costillas. El agua le bajó, desocupó el estómago y ahora hidrata sirviendo de vehículo al colágeno activado por fin. Puede sentir cómo huye la grasa desalojada, la fibra que crece y se hace músculo –nunca demasiado.

¡Ah! Cómo envidia a la hija magra, seca y lozana, tensa y con el brillo en el aura de su imagen tratada, multiplicada, difundida hasta ser parte de todas las miradas, todos los paisajes, todas las memorias.

HaB ahora va corriendo por la calle, la tarde cae y no hay clases. Las suspendieron por que los sanitarios colapsaron. Así lo dijo la directora del último turno, fruyendo la dicción de las consonantes ominosas,

encubridoras de lo más asqueroso. Fruyendo la posibilidad del eufemismo, el don de expresarse con amplitud. Imposible dictar clases, juntar tanta gente con los baños en ese estado. Ya, ya lo habían comprendido todos, como si hiciera falta hablar en difícil. Y el alumnado se fue ayer noche cantando estribillos alusivos (*el cole, el cole, el cole sinundó, y todos los pendejos, la mierda los tapó)* estrofa folklórica con sucesivas variaciones, cuyo esquema semántico venía adaptándose a través de los tiempos. De modo que muchos de los alumnos creyeron que se trataba de una novedad y atribuyeron la inventiva al grupo líder en esos momentos. Se trataba de un reducido número de estudiantes que con un poco de memoria se sumaba a la fluencia colectiva y acertaba a retomar con escasos recursos lo que se podía y refundirlo en composiciones que acompañaban los sucesos escolares. Y se arrogaban la autoría de todo, sin entrar a analizar de dónde venían esos versitos graciosos.

La situación los tenía por lo tanto, un poco perdidos. Sin clases se podía ir al kiosco temprano, pero las horas se estiraban y un vago malestar los tomaba. Cuando se salía de la escuela a la hora correcta siempre alguna diversión inmediata –subirse al truck de los promotores y darse una sobada con algún segundón más generoso que los promo estrellas, correr a la salida a los profes sorprendiéndolos en la puerta que les estaba reservada y hacer escarnio de sus personas, dejar constancia en graffitis de algún suceso digno de destacar, si es que lo había habido, y llegar sí, al kiosco con el tiempo exacto de pasar de una excitación agradable a distender los nervios, calmarse o acelerarse más con las golosinas, ver a

Madelén o a Yac –nunca ambos al mismo tiempo, sol y luna del planeta estallado que componían- y sobre todo a Barbi, y seguir lo que ahora era sí o sí una carrera en el mundo público de la imagen.

Así que todos andaban como meteoritos, quemándose a la luz mortecina de la tarde, que estiraba los cristos de las antenas nuevas, haciéndolos flacos como marionetas, con sus cables en torno, oscilando, multiplicados por las fuentes de luz diversas, sol que se iba y dejaba hijos en los espejos de los edificios, los carteles más altos y hasta en el cristal de las cabinas en los helicópteros policiales que vigilaban sin descanso a los cristos de las antenas nuevas con sus vestiduras raídas de cables en torno, disputadas por los pájaros del atardecer, milagro de multiplicación infinita de mensajes e imágenes volando en círculo sobre la comunidad pero para alimentarla hasta la hartura, el desborde, la náusea.

Muertes

Ceci murió o la mataron. Cómo se podría estar seguro si la percepción de los hechos y sus declaraciones diferían como si no se tratara de lo mismo. Ella llegó, colorada, congestionada como nunca. Traía su mochila, pero no a la espalda como siempre, sino sobre el pecho. El conducto articulado, la manguera flexible trazando un arco obsceno sobre su camiseta. Pero estaba apagado. Casi no habló. Fac ocupaba todo el silencio. Y el pecho le

parecía un macizo de cordillera. Sentía por dentro el peso de una duna sobre la débil esponja de los pulmones. Cuyo daño provenía de un espasmo inmotivado, anterior a su memoria, en los conductos previos. Se los imaginaba iguales a la manguera pero de un material terroso, putrescible, vulnerable. Fac iba y venía de Barbi a HaB, haciendo tiras de lenguaje guarro con lo que suponía las situaciones presentes de ambos.

-Barbi ya es una puta.

.Va a ser una puta de princesa

-Puta y rica

-Esos ojos que tiene de smash con pepitas de regaliz

-El pendejo debe estar…

-El pendejo debe estar…

-El pendejo debe estar…

CECI esperaba el calificativo para HaB con el aire detenido, como si pudiera alcanzar al amigo más que nada por identificación con el monstruo desde su monstruosa figura amaquinada a la deformidad oculta del otro. Los nervios le daban más flema y si daba paso a más aire, sería indefectible que se obstruyeran los conductos abiertos, limpios y útiles. Contener el impulso de apurar lo que necesita tiempo, ritmo, y firmeza. Pendiente del ataque a HaB, suspendida en el silencio, esperaba el estallido de algo dentro de ella. Si se animara a gritar…

Los melli dirimían la posesión de una barra de chef japonés con manotazos amplios que agitaban los anuncios colgados de la marquesina. De vez en cuando los gritos imitaban a los de los luchadores de algún arte

marcial, pero practicada entre risotadas y saltos en los espacios estrechos. Los exhibidores temblaban y el contenido se bamboleaba con cada salto y estocada de los melli. Madelén en su postura básica, atrás del mostrador, la vista baja, dejaba ver el techo de su cabeza, raíces oscuras en el cabello y el resto rubio, la amplitud de las ondas, el descenso fino de la nariz. ¿Ordenaba cuentas? ¿Contaba dinero? En todo caso encapsulada, marcaba la diferencia. No emitía juicio Quizá tampoco registraba la respiración de Ceci. Si hubiera estado Yac, si hubiera estado Yac… No era de él esa corporalidad ausente. Se implicaba, guiñaba los códigos de los clientes. Su trompada de juego sorprendía y excitaba a todos. Y después les vendía para la sed, para el enervamiento. En cambio Madelén vendía para la ansiedad, la espera insoportable de su mirada y su reconocimiento.

Pero Fac se había trabado con la palabra puta, que fruía desde lo explosivo a lo palatal en recorrido espumoso, redondeando el canal de la u y haciéndole gozar la boca ante la risa de todos, saborizada de resentimientos.

Ceci no se ríe, siente que la tarde cae a plomo, la humedad altísima condensa humos de la vegetación cerca del río y libera sulfuros a la altura de su nariz. Invernadero de lenguas de tierra con sauces languidecientes y plantas petroquímicas en batido indiscernible. Todo a la altura de su nariz. Los pelillos de adentro le hablan de un café podrido, un pedo encerrado en sábana vieja, pero se obliga a vivir un rato como los otros. Muecas de risa que acompañan, como para no quedarse del todo afuera. Después, se

promete, masticar un esplash relleno de cherry que es el que le gusta y se desliza como un río de sabor por los conductos sanos y libres, los digestivos, que, sin embargo, guardan una maldita relación con los otros, los del aire y la sangre. Maldita coherencia, delación constante, alarma que crece en reguero de dolor, cifras que disparan la economía del cuerpo a colapsos siempre nuevos y temibles. Ceci lleva la boquilla de caucho softizado a la boca, vencida por el azufre de las nubes, se inflará por dentro, la sangre se aclarará dos tonos y seguirá viviendo hasta la próxima crisis.

Puta, grita Fac, y la enfoca, gris y menuda, el chupete en la boca, los ojos redondos de ahogo –está enterándose de que el frasco se vacía y no trajo más para volver a llenarlo. Quizá si respira despacio, ahorrando, y sobre todo si no transpira. El sudor le quita humedad y otra vez la fatídica coherencia de las vísceras que no pueden andar bien si no están todas a la vez sanas. Una que se enferme y sufra, sufra, sufra y el plomo del café y el aire podrido. Azufre en el cuerpo. Por suerte Fac no se da cuenta porque quién sabe de qué sería capaz. Por lo menos de ponerla en evidencia delante de todos, en especial de Yac… y es que tiene debilidad por él.

Y ya está, el mecanismo arrastra penosamente gotas en forma de espuma que van a ser vapor de ninguna utilidad para la supervivencia de Ceci.

Los melli la ven boqueando, la mochila en el piso, arrancada en la desesperación de sacarse algo de encima, agitadísima en busca de lo que

no hizo, reponer el dilatador en el frasco, llevar suficiente para el día afuera. Actos que nos traen dificultades, cuyos autores somos nosotros mismos y que no son más que síntoma, mensaje exhaustivo del boicot más cruel.

Pero Madelén la ve, y su mente, que sí funciona, calibra la gravedad del ataque en un medidor de trastornos ante un cadáver, a saber:

ataque de nervios y escándalo

ambulancias

policías

declaraciones ante el juez

¿responsabilidad?

y las maniobras que no sabe hacer, y si supiera las haría mal, y si las hiciera de manera aceptable la muerte seguiría siendo –y la lista precedente- una posibilidad… ¿Porqué diablos no le tocan a Yac estas cosas?

Madelén va hacia Ceci y sus actos son minuciosamente calculados para cuidar lo que pudiera venir… ayudar a recordar, con subrayados y repeticiones, acordar el texto que va escribiendo en las cabezas que la siguen…

Ceci hace contacto visual con Madelén y el grito de angustia le sale por los ojos, órbitas de ceniza, bolitas de vidrio brumoso.

No quiere que venga a ayudarla, que no se moleste pero ¿y si está por morir?

¿qué preferís Ceci, que venga Madelén y los demás vean que te vas al limbo del desmayo, que Fac te robe la mochila o te ponga pis en el frasco vacío, que los melli aúllen de excitación, con el aburrimiento mortal que los abruma, que las cositas en la mochila donde está el maldito aparato queden sobre las baldosas mientras buscan si hay repuesto, como trofeos de una piñata miserable, o morirte?

La noche cae densa de vapores que huelen a escape de motor inservible. Los camiones y autobuses de la ciudad diluyen en un aire mojado como trapo de cocina todo el veneno.

Con esos perfumes en el cuerpo murió Ceci.

Ya llegaba Yac.

Y Madelén estaba sobre el cuerpo.

Fac enmudecía (la muerte obra maravillas)

Los melli lloran.

Ojalá Ceci haya alcanzado a ver todo eso.

Nadie tocó la mochila. Madelén la recogió antes y la llevó adentro. Yac telefoneó a la ambulancia, la ambulancia llamaría a la policía, la policía llamaría a la madre de Ceci, la madre al padre, si no había cambiado otra vez de número, y el padre, más le vale, a un servicio que se ocupara de sacar el cuerpo de la morgue y lo llevara al un lugar adecuado.

Madelén se ocupó de la mochila de Ceci sin decirle nada a Yac.

Saca el frasco vacío y lo huele,

¿qué teme Madelén?

¿Qué alguien le haya puesto espidi o gotas de jet-flash?

Había escuchado la ocurrencia y si alguien pedía autopsia… Buscó qué más había.

Figuritas, cupones, tarjetas, entradas con descuento ya vencidas, todas con el mismo garabato-firma, Madelén lo reconoció, del mismo promotor, el de la escuela de Ceci.

Y una hoja más limpia que todo lo demás, arrancada del cuaderno, doblada en cuatro con toda prolijidad Era una carta para HaB, decía:

Javier, no te dediques más a Barbi, ella no quiere a nadie, le tiene desprecio a todos, y es tan linda que nunca va a encontrar a nadie. Menos a vos, que tenés un defecto. Yo sé porque yo también tengo uno. Por eso quiero ser tu amiga. Aunque tengas eso, sos lindo. Y yo nunca tuve sexo bueno así que pensé que vos y yo. Y no te preocupes por que no me pasa nada cuando tengo sexo, apenas me agito un poco. Y puedo estar sin el aparato muchas horas si el tiempo está seco. Y en casa no hay nadie después del colegio hasta la mañana.

¿Nada sintió Madelén al dejar de leer? Claro que no, dobló el papel como estaba y lo metió de nuevo adentro con los papeles del colegio, pringosos y húmedos. Húmedos porque el frasco se había vaciado adentro, lo poco que le quedaba…

Así como estaba todo lo metió en la ambulancia, o más bien lo tiró.

Fue HaB el que revolvió la muerte de Ceci, le preguntó a la madre todo lo atinente hasta que la exasperó y se quedó sin qué responder. Pero antes de que lo echara, sobre la mesa del comedor, donde la madre tenía apoyadas las palmas de las manos, para inclinar el tronco desafiante y deshacerse del molesto, HaB alcanzó a manotear una tarjeta, de las que su amiga coleccionaba. De una disco, con descuento y en el revés la firma del promotor. La tarjeta decía *Fiesta del chivo* y en forma y fondo un macho cabrío con un falo que rodeaba como un marco toda la estampa y goteaba en unas fauces de labios carnosos. Pequeñas vulvas componían el fondo. Infundía temor el dibujo completo, oscuro y confuso, sobre todo por que los detalles no eran evidentes y jugaban en el receptor desde ese lugar de poder. Claro que HaB percibía con nitidez los elementos, pasando de fondo a forma a voluntad. Pensó que era bueno llevárselo como recuerdo, para acompañar su compasión por Ceci a la que lo hermanara el defecto, quizá más visible el de ella que el de él.

Si nunca hubiera contado en el kiosco lo que pasaba en sus ojos, si no se hubiera puesto en evidencia desde el principio haciendo alarde de lo que veía y cómo… si hubiera esperado a conocerlos mejor antes. Pero era demasiado joven e inexperto entonces, y lo que hubiera podido ser un superpoder, un don oculto, se transformó en una tara. Aunque de todas formas nunca se hubiera hecho amigo de Fac o de los melli. Ni tampoco podía sinceramente practicar ninguna obsecuencia hacia Yac o Madelén. Sólo iba, sólo mantenía los lazos por Barbi. Y las tardes y las noches de

ronda, por la cuadra, frente al enorme edificio es desuso de la escuela normal, vacío y pintado con capas y capas de mensajes y nombres y signos y persianas rotas y bocas negras abiertas donde hubo vidrios, se debían a ella.

Allí el corazón de su laberinto de pasos, el kiosco, con la serpiente azul de la cerveza, la marquesina llena de logos y marcas componiendo un texto desquiciado y sin embargo tan fácil de leer, y pródigo en promesas de sabor. Con algo de hogar que atrae a su rutina como una mesa servida a la hora de la familia.

HaB llegó al kiosco sintiendo que el lugar, con Barbi, era una especie de hogar. Sin ella, un pozo de soledad. Pero cuando pisó la vereda esa tarde entendió que no era ni una cosa ni la otra. Más bien un primer plano del noticiero, un hervidero de luz y sonido.: ambulancia, sirena, focos enormes. Ceci semisentada contra la congeladora de helados, el mentón en el pecho, acurrucada en el espacio estrecho entre la heladera y la puerta. La asfixia la fue deslizando en silencio, hasta desvanecerse con la mochila aferrada con todos los dedos. Las rodillas en el mentón, el mentón en el pecho y en el hueco del cuerpo la bolsa con el respirador, el frasco y la manguera suelta, inútil. Los paramédicos intentando estirarla, mientras Madelén empleaba demasiadas palabras para explicar su enfermedad. El resto había desaparecido, no estaban en el círculo de luz, apenas detrás de la sombra. Cuando la desplegaron como una marioneta

de palito y tela, le acomodaron la cabeza y le buscaron signos vitales. En silencio, con precisión, con un apuro milimetrado. Pero en un momento la tensión terminó, las maniobras se hicieron lentas y los brazos y cuellos de los intervinientes se desacompasaron. Habían desistido. Los gestos banales meciendo las cabezas negando al aire, los cigarrillos que prendieron, los movimientos hacia fuera del globo iluminado que contenía a Ceci siguieron otra rutina. Sacaron un móvil, pasaron la novedad con voz susurrada. HaB no había abierto la boca en ningún momento, nadie le preguntó nada, pero sus labios hicieron una o y fue despegándose de la escena cuando percibió que Barbi venía, a una cuadra de distancia. Venía transformada ya, la imagen venía con ella. Por que despedía luz y música, luz en movimiento, música en aura, chispas de sonido. Se detuvo bruscamente al ver la ambulancia, las chispas se hicieron rayos y la brillantina de estampa dibujó truenos. ¿Esperaba otro recibimiento? ¿Avenirse a esa esquina en su estado actual de estrellato? ¿O era una obligación detallada en algún contrato: lugar, hora, duración de su permanencia aquí o allá con todo detalle y cumplirlo so pena de quizá perderlo todo?

El caso es que en el kiosco está Madelén maldiciendo a la muerte en su propia calle, Ceci en su partida endureciéndose como el frasco y vacía, mascarón gris dentro de la camioneta ya sin apuro. Y Fac viendo a Barbi recién, aterrorizado por la visión y gritando ¡Ceci, te la perdiste! Y quién diría que Fac hallara el sesgo justo para la oración fúnebre. Y fue la última

vez que la nombraron. Mudos, frente a frente todos, viendo al furgón alejarse.

Y si alguna duda tenía aún HaB sobre qué le harían, allí la tenía para someterla a su visión especial.

Pero Barbi no estaba y sí estaba. Era Barbi y no era Barbi. Vuelta transparente, de cristal, flexible. Su figura se movía, claro, las manos iban al pelo, movido por el viento. Transparente y móvil frente a HaB, que sentía el esfuerzo en el globo de los ojos, ardientes al filo de los párpados. ¿Y dónde está su visión maravillosa? ¿Cómo se burla su don ahora? ¿Qué más fracaso tiene que tragar?

Pero recién empieza a ver, ahora que los ojos, encandilados, se amoldan a la exigencia, a la multiplicidad de planos que para el resto es puro goce y descanso de belleza. Barbi se vuelve fractal a su mirada, materia opaca, piel y hueso con su relleno mórbido, pero otra fluctúa en torno, hecha de luz y brillo. Y entornando los ojos la hace pequeña como una muñeca que nunca se llamó María Bárbara. No discrepan en movimiento y la boca de HaB se abre cuando toma la talla de Campanita, pero sin volar, camina en el aire, embriaga a los ojos lo que ven. Mucho más que doble.

-Ya está, ¿qué te parece?

Y su boca con sonrisa y dientes, perfecta,

para qué decirlo-

es varias bocas,

en cámara lenta y primer plano,

y sale de su cara y le roza la boca y es cálida y fresca de luz como si acercara la mejilla a una bombita encendida.

HaB está tan serio por la muerte y el amor que no puede bromear una respuesta.

Enmudece y ella se preocupa.

Quisiera saber cómo se ve y la opinión de él,

pero ¿justamente la de él?

¿Que ve como nadie?

¿Y a quién si no, de todos estos?

(Teme la envidia de Madelén, la presiente, que bien podría estar a otras alturas y está aquí, en estas pequeñeces)

-¿Cómo me veo?

-Diferente

-¿Qué ves? ¿Qué veías?

-Te veo, toda, como siempre

(No puede decir otra cosa, de otra manera, no quiere ofender, no quiere espantar)

-Pero ¿se nota?

-Sí, y me hace doler, porque todas mis células reciben luz- es tan simple de decir, la fórmula lo hace feliz, lo deja tranquilo.

Y cierra los párpados, como ejemplo que subraya y porque le duele

-¿Te duele?

-Verte.

Es que, en detalle, HaB ve que las mejillas tienen una redondez dibujada, distinta, el filo de la nariz nítido y las pestañas –no es maquillaje- vibran, y baten, y subrayan. ¿Hablan las pestañas de Barbi?

Niegan cuando ocultan las semillas del iris de miel. Proyectan sombra sobre el mundo que la necesita, que está casi a oscuras. Tremenda noche.

-¡Mirá!

Es sólo el autobús nocturno pero allí está Barbi, su imagen, su pelo, pero el color, sus brazos, pero las uñas de las manos, los muslos… ¿qué lleva puesto? Figura móvil que vende no sé qué, baila y agita los brazos, quiebra la cintura, pone a oscilar pelvis y hombros y las ruedas se la llevan tan rápido, adelanto del paisaje que viene. Pero no se va, oscila en la estela de ruido y humos del vehículo sin pasajeros ya, telón el edificio de la escuela normal en ruinas con una Barbi en el contraste negro de las ventanas rotas.

Y ella está ahí delante de él, riendo de felicidad , de felicidad, de felicidad. Y sigue riendo. No hay enojo. La furia es luz. Ha encontrado en esta primera noche de su transfiguración, y eso que es apenas un adelanto, casi un ensayo, una verdad más grande. La tiene ahí pero se le escapa, se le escurre cuando intenta asirla. Y ya está Madelén en la vereda mirándola de pies a cabeza ¿qué ve Madelén? Sólo unos

tratamientos, unos artificios, marcas de maquillaje, casi mágico, lluvia de sedas químicas, alas de mariposa en cánula instilando la piel, formas que arman subliminales de hechizo, que montan a galope en la fantasía del voyeur y se dibujan de nuevo, cambiando

Sonrisa, pues de Madelén,

beso de mejilla

mirada esquiva

brindis con espidi.

¿entonces nada de emostase hoy?

Y ya Madelén está yendose al fondo. Pone música, de bailar, sin palabras. Sale del fondo a pasitos, chasqueando y meneando. Baila bien, el pasito es de esos que cuesta sacar y tienen infinita gracia. Desliza rápida los ojos sobre HaB (divino el guacho) que se siente está de madera. Está bien. ¡Para HaB que nos ve mejor! Y le baila entorno y toma a Barbi de una mano y baila Madelén con la luz delante de HaB asustado por el contraste del cuerpo cuerpo, opaco y denso, con la transparencia de la forma ángel, con brazos que dejan el rastro en la noche como abanicos de ala. Y la reliquia del cartel, enfrente, en la retina. Y HaB cierra los ojos y tiene dos Barbis completas y las proyecta en el cielo negro. Y en la vereda el arrastrar de sus pupilas hace una hilera entera, un colegio de Barbis que se van yendo, saludando a Madelén jadeante, remera transpirada, es hora de cerrar.

Capullos

Y así Barbi fue imagen, pasó a significar todo lo que se asociaba a satisfacción, gana, capricho, al instante mismo, todo por el supremo acto de pagar por ello.

Cuando llegó a su casa, el aparato de la madre brillaba todavía de humedad. Y mucho vapor salía por la puerta del cuarto de baño, entreabierta. Después del martirio una buena ducha y la piel se seguía mojando, se maceraba en jabones y gelatinas específicas. Barbi olió enseguida el perfume de su champú. Ella usaba siempre las cosas de la hija, aunque fueran más baratas. No tanto por ahorro, su gasto en cosméticos de farmacia era enorme, sino por tomar algo de la otras, adueñarse de su juventud y finalmente ser, otra vez oliendo como es debido. Dulce, fruta, flor nimia de primavera, ligera acidez, los jabones de kiosco que usaba Barbi no tenían nada que ver con las texturas medicinales que justificaban su valor jugando a la química. Siempre blancas, sin olor alguno, suaves y picantes a la vez, sus ácidos eran de temer, la tirantez de la piel y el temor de los ojos al acercárseles probaban esa verdad. De todos modos, la madre de Barbi no les tenía demasiada fe, acechaba los resultados con una desconfianza que no tenía relación con la decisión de pagarlos. Más bien se culpaba por no responder a los anuncios y sus promesas. Como decían que los resultados habían

sido verificados en trescientas o cuatrocientas mujeres y que las cifras daban un éxito del noventa por ciento y más todavía, la certeza de estar en esa maldita minoría recalcitrante la torturaba y la hacía cambiar de marcas y de métodos. Se imponía períodos de descanso para eliminar todo rastro de las sustancias anteriores y empezar de cero con la siguiente. Y en los intervalos se sentía mal, desprotegida, a la intemperie del tiempo.

No veía la hora de atacar la imperfección, de frenar el deterioro. Un par de años atrás podía anular otro par y hacían cuatro hoy con respecto al triste rostro del espejo. Pero si seguía perdiendo tiempo apenas estaría anulando, estancando ese mismo rostro para siempre.

En un cero inestable, siempre y cuando todo siguiera funcionando como no lo hacía nunca de verdad, nunca, nunca. La lucha la agotaba. La abdominización de la tarde más la difícil visita de HaB con sus preguntas retorcidas la demoraban en la ducha caliente, con el jabón neutro.

Después el enjuague de la hija, el que olía a mandarinas dulces, barato como un jugo en polvo dietético, pero tan de ella. Escuchó la puerta y se tensó cada punto de su esqueleto. Era la hija, y le tenía miedo. Y no era para menos. Pero hoy no le importa que le usen las cosas. Ya le estarán llegando carradas de productos que no llegará a usar, de promoción, de los mejores. Cosmética carísima, afeites para cada partecita del cuerpo que tenga un nombre, para ser usados en dos o tres fases sucesivas, uno para usar después del otro, de modo que al pasar al tercero había que pensar en hidratar y tonificar para empezar de nuevo. Claro que con el

proceso al que empezaba a estar sometida su imagen, todo ese tiempo se ahorraba, ella sólo mostraba los posibles resultados, verse nueva, resplandeciente y húmeda de brillo dorado como si desde el nacimiento no hubiera hecho otra cosa que untarse con una y otra crema y después vuelto a empezar. Pero todo en las pantallas de edición que enviaban las señales a su cuerpo, a los receptores diseminados sobre su superficie, durante las horas que estuvo internada en el edificio central, con sigilo absoluto. No hubo cámaras ahí, sí cuando salió por la puerta de los shows después de esas horas. Era ella en persona, tratada y proyectada. Estaba ahí pero no era ella del todo. El recuerdo se le hacía embrollado, porque trató de atender a lo que le estaban haciendo. Quería saber, no sólo cómo se veía sino también cómo llegaba a eso. El color de sus ropas cambiaba de acuerdo al capricho o al plan de los equipos de diseño. El modelo también. Y su cabeza se esforzaba tanto por retener y disfrutar que le dolía terriblemente al salir, había demasiada claridad. No quería perderse nada, tener conciencia de cada instante de su transformación y el curso de esa nueva vida. Sentir cada una de sus actitudes corporales, las manos en el pelo, el ángulo de la cadera y el mentón al levantar la mirada. Quería disfrutar, sabiendo muy claramente que estaban destinándola al disfrute de los demás. ¿Era un error creerse sujeto, cuando la infinita teleaudiencia, en su campo de exterminio de realidad, la estaba consumiendo, fruyendo, recorriendo su perfección? ¿Y el disfrute que se le había prometido? Debía estar en algún rincón de esas horas. Tenía que estar, pero ¿había algo más que las vísperas? De ser eso que

provocaba en los que no veía y la veían. Ser eso que antes de que esto ocurriera había visto tan bien en los ojos de HaB, que además veían de verdad. Más y más que todos.

Y ya está su madre contando a borbotones que ese amigo suyo que tiene un defecto se metió en el departamento y la importunó con toda clase de preguntas justo en medio de su abdominización, casi desnuda.

HaB había estado allí, preguntando. Barbi sonrió sin explicaciones y sin piedad. Su madre era incapaz de hilar o yuxtaponer dos proposiciones de más de cinco palabras. HaB no era prepotente, ni entrometido. Era demasiado poco entrometido, en verdad. Pero usaba bien las palabras. Las combinaba y armaba algo con ellas. Hacía que todo encajara y uno podía ver lo que estaba diciendo. A veces se preguntaba por qué, cómo tienen que ver los ojos con lo dicho. ¿El que ve distinto habla mejor?, ¿qué es primero?

Barbi también sabe hablar, pero no le encuentra diversión, no le interesa demostrarlo. Ya bastante miedo inspira su aspecto. Cuánto más le temerían si los confundiera con pirámides de palabras, con castillos de naipes de palabras, con árboles y ramas y hojas de palabras, todas del mismo tronco. Le gusta y no le gusta que le teman. Porque en el temor no hay cariño, sino distancia. ¿Acaso ella busca cariño? Está bien así, sola. Y cuando las palabras la ahogan y la necesidad de entender y de construir un edificio de palabras que signifiquen lo que se arma en su cabeza, le da

furia, entonces sabe bien qué hacer. Irse. Por las calles. Buscar una plaza vacía, un callejón y hablar, hablar, hablar, decir, inventar, mentir y discutir. Probar qué decirle a éste y al otro. Y a Madelén cuando la mira de ese modo, y a Ceci cuando sufre a morir y a HaB. A HaB le ha dicho tantas cosas, tan complicadas que casi ella misma no las entiende. Como tejidas con puntos antiguos, como si buscara confundirlo, desafiarlo, marearlo y probar hasta dónde puede comprender. A ver si se aterra como su madre. A ver si es mejor que ella construyendo la historia de lo que duele. Porque siempre duele más de lo que gusta. Siempre –y la furia. Explicar la furia es uno de los temas que prefiere. Ama gritar el tema de la furia. Y sentirse mejor después de haberlo dicho.

Pero ahora le inquieta la visita de HaB, muy audaz atreverse a ir a su casa. Siente una fugaz vergüenza por su madre, no puede evitarlo, después se avergüenza de sí misma y la furia vuelve. Y una sonrisa, para sus adentros. La madre ya está toda rosada, por el calor de la ducha y el rubor de la discusión que siempre la pone en falta con su cabeza que no alcanza a abarcar lo que ocurre, y frente a esa hija que se obstina en hallar las grietas de su percepción. Con el trabajo que le da atender el funcionamiento de los aparatos en los que el cuerpo obedece y se modela. Porque su cabeza no es tan desdeñable después de todo. El sistema que ideó para pesar por partes el cuerpo no es algo que se le pueda ocurrir a cualquiera. Y todos los que la escucharon explicarlo quedaron maravillados. Hay que tener dos dedos de frente para eso. Y Barbi se rió,

sin más, con crueldad cuando la vio en la vieja camilla de oxígeno con los muslos suspendidos y básculas móviles, adaptables, oscilando hasta que el sector problemático se asentaba y delataba lo ganado o anunciaba lo perdido. Simple el principio, como todo lo genial. Suspender el cuerpo para que cada parte caiga sobre su platillo. Hacerlo hasta el fin, conseguir los elementos, buscar algo de asesoramiento. Es que no se puede adelgazar todo junto, o sólo lo que uno quiere, siempre hay efectos indeseados. A veces la dieta sirve pero se baja mal. Hay un talle de arriba y un talle de abajo, un talle de pies, y hasta de tobillo. Y de manga. No, no es simple. Y Barbi se había reído con crueldad. Todo porque es tan hermosa que su belleza ofende. Y no es porque sea su hija, no. Es hermosa, y no es feliz. Ella lo había sido. Y verla era ser hermosa de nuevo. Pero no era ella, y no era lo mismo, y para la otra ella era un espejo de espanto. El espejo del futuro, mañana mismo. La vejez. Que hace que todo cueste más.

HaB vuelve a su casa por calles vacías. No ha ido al colegio. No tenía ánimo. Simplemente por eso. Además la inasistencia debía haber sido general. Un par de crímenes en todos los noticieros: desaparición de niña rica y masacre entre mafias, ejecuciones y viudas sospechosas. El repeluz del horror en canales de aire. Madres en éxtasis de dolor, en ambos casos, el menú más exquisito. Más grosero, más brutal, más refinado. No, nada de colegio. Ahorrarse el esfuerzo de no ser notado, y el dolor de ojos que entrecierra a puro músculo, para no ver. Y no preguntarse por qué son así

todos los que están adentro, en ese edificio maldecido y privado de todo lo amable. Le tortura asistir, ser el especial sin marcas visibles de su condición. Si por lo menos hubiera manchas, o cicatrices o muñones. El morbo ajeno se exaspera adjudicándole lo peor y le dedica una secreta envidia. Que no disfruta. Casi como una venganza que se sacia tan bien en la imaginación. HaB se ha vengado tantas veces en el medio sueño a la vuelta del colegio y la cena con su abuelo frenta a la pantalla que encubre los ruidos de las bocas y de los cráneos. Y pone la música, y las risas y las palabras. Y se pueden seguir las historias inconclusas o con final fallido y corregir la realidad del día, de la frente para dentro. Y después meterse en la cama con las dos opciones habituales: el antifaz de tela oscura, traído por no sé quién después de vaya a saber qué viaje en avión, con el logo de la aerolínea casi borrado o la desesperación de refregarse el cuerpo, de meterse mano apretando los párpados, minimizando los movimientos todo lo posible, palanca y apoyo del puño hasta ver el estallido más allá de los párpados y eyacular sin imágenes, más líquido o menos líquido en las sábanas de siempre. Y el olor fresco sobre las manchas secas

Y no fue al colegio porque la congoja le habría apoyado en el pecho una esponja empapada, y sabía que el líquido sobraba y había que echarlo como fuera.

Frente a la pantalla estaba el abuelo, en la otra cabecera, a la pequeña mesa de la cocina comedor. Pero la pantalla estaba oscura aunque recomendaran no estar prendiendo y apagando a cada rato –para no agotar los mecanismos de encendido, claro- y eso significaba que el

abuelo estaba mal, otra vez. Se cubría de silencio, lo imponía, lo cargaba como una cruz o un ancla.

Parecía viejísimo, los pelos deshilachados, las manos con los nudos salientes y manchas como de jirafa. Y la mirada baja, clavada en el mantel. La cena, fría.

HaB siempre se manejó bien con las palabras. Desde chico. Era conversador, pero al crecer perdió las ganas de enterar a los demás sobre su vida. Y recibió lo mismo a cambio. Por eso el sobresalto cuando el viejo habló:

-¿Qué te pasa?

-Nada- la costumbre de cortar todos los hilos.

-¿Nada?- *¿estaba loco? ¿de dónde esa insistencia?... de acuerdo, si quería oír, oiría*. HaB quería hablar esta vez, iba dándose cuenta, y no le costaba reconocerlo con franqueza. No estaría mal allí y entonces, franquearse.

-Me dijo la madre de Barbi que firmó la autorización para que le usen la imagen- *(¿entendería?)*

-¿A Barbi?

-Claro.

-¿Cedió la imagen de Barbi?- como si no conociera esa expresión.

HaB suspiró sin ruido y apretó los párpados para no ver y leer el rostro que tenía delante.

El abuelo masculló en la dentadura, los puños se abrieron y cerraron

-A mi me vieron… cuando era joven….

-¿Te vieron?- *¿qué estaba diciendo?*

-En la cancha de Juvenil, el año en que terminé la escuela…

-¿Quién te vio?

-Y yo creía que no era de los mejores… había tres edades en el equipo… vinieron de capital, eso hacían, en secreto, disimulados, casi disfrazados, se mezclaban con el público, fingían ser parientes o amigos… o traían viandas para vender y nos regalaban relojes. Siempre que jugábamos teníamos la ilusión de que nos estuvieran viendo. El rusito se ponía vincha, otro se embarraba bien porque quería verse así, con las medias bajas. Otros hacían poses para acá y para allá, cosa de ser vistos siempre bien como en las transmisiones. En cambio yo me ponía nervioso y no tenía fuerza para nada de eso. Hacía todo como si dios me vigilara. Y a veces eso me hacía jugar muy bien… Pero otras me paralizaba, me quedaba duro como un tonto, perdiendo toda oportunidad…

HaB estaba boquiabierto, los ojos fijos en el mantel con manchas de comida viejísimas, quizá servida por la madre del otro, vaya a saber cuándo. Y viéndolas casi podía sentirles los olores. Dejaba que los sentidos le contuvieran las emociones.

Porque nunca había hablado tanto, todo seguido, con tanta contundencia. Y con tanto sentido. No hacía más que volverle Barbi a la preocupación. Eso mismo que estaba diciendo la llevaba a un rango de hechos paralelos. Al abuelo "lo habían visto", jugando al fútbol.

-¿Y cómo fue que te vieron?

-Me lo dijeron durante un partido bestial, yo jugué muy bien, corriendo mucho, acertando todos los pases, ayudando en varios goles. Y metí uno

también. Me querían demoler… fue una de esas veces en que la posibilidad de ser visto me ayudaba. Metía magia y presión, sufrimiento y placer. Y me olvidaba. Aunque los cuatro gatos que miraban aullaran como en una tribuna alta.

-¿Quién te vio?

-Del Juvenil, me lo dijo uno y me lo señaló. Un flaco siniestro que se quedó parado todo el tiempo mirando. Había venido en un cochazo, lo había dejado lejos, como para no delatarse. Y para que no lo acosaran. Pasaba que si lo descubrían y avisaban, todos los padres del barrio se le tiraban encima a cargosearlo y no lo dejaban ver nada. Este se quedó duro todo el tiempo. Dicen que daba miedo de cerca… Yo lo había visto de lejos… y preguntó mi nombre

HaB no había interrumpido, aunque las pausas eran muy largas y las palabras, lentas. No enfocaba la mirada. Pero lo subyugó el espesor de la voz. Como si el sentido del oído estuviera deformándosele también. Dándole notas de una melodía nunca escuchada. Un misterio de lejanías. Y un tesoro de palabras con sintaxis lujosa, con sentido afelpado. Bebió todas y cada una de esas palabras.

-Preguntó mi nombre. Terminó el partido, me llamó delante de todos por mi nombre completo. Me dijo algo más que nunca pude recordar. Y me dio la tarjeta, con un teléfono, y una dirección de capital. Y lo último: "cualquier tarde". Eso sí que no me lo olvido.

Y ahí cerró la boca, con un chasquido de la dentadura, como punto final, como metiéndole llave a la boca.

HaB esperó lo necesario, lo prudente y esperó más. Pero no terminaba de entender, faltaba el cierre, el final. Aunque podía escribirlo, pensó, y firmarlo.

-¿Fuiste?

-No, no me llevaron. El viejo no quiso ir a capital, no sabía cómo, no había teléfono cerca. Desaprobaba todo lo que yo apreciaba. Encima me castigó por aceptar la tarjeta.

Levantó la vista y se sometió a los ojos del nieto, cuyos poderes estaban descriptos en las historias clínicas que él mismo le había hecho hacer para saber qué tenía en la mirada. Y HaB vio, en los ojos del abuelo, la película sin final con su marejada oscura de algas y barro.

-¿Barbi hizo bien en arrancarle la firma a la madre?

El abuelo habló primero con la mirada y un movimiento ligero de las arrugas de la frente.

-Hizo bien.

-¿Pero qué le va a pasar? ¿Cómo va a quedar después cuando ya no les sirva? Dicen…

Y toda la humedad de la tristeza, la sal de las últimas horas se le hizo un llanto silencioso, chaparrón sin trueno y sin luz. Los ojos se le hicieron de cataratas y nada podía atravesarlas.

Ahí quedó, con el abuelo atrás del velo de agua que le hacía de párpados. Dilataba el acto de irse a la cama. Podía anticipar cada cuadro de la

historieta de su vida en las próximas horas. Enervado, daría vueltas morosas entre las sábanas tibias y húmedas hasta zafarlas del colchón.

Estaría entonces en un capullo roto, sacando pies y codos por las rendijas de aire, frío y calor en parches, las dos molestias de a una o a la vez. Era capaz de sudar en el cuello y sentir los empeines helados o aún fuego en las pantorrillas, resabio de zancadas diurnas y hielo en las venas azules en el revés, las canillas. Y nalgas frías con ingles calientes, muslos en discordia y por afuera, fresco. Por dentro el caldo tibio que espera y después, testear esos calores. Y encontrar la fuga en el ritmo del puño, puño, puñeta. Ida y vuelta por cruzar el desierto, olvido de la frente y la memoria.

Y al fin, la noche furiosa de olas amplias y cortas, luz en los párpados que se acalambran y aprietan los globos. La tristeza que sigue, por suerte, con pesadez de sueño. Mojarse en los filos de sábana, buscar el seco que debe quedar entre los pliegues, o calentar con el cuerpo la humedad. Pero abre los ojos en la oscuridad y contempla esas manchas rojas que oscilan, como un calidoscopio sin espejo:

Preguntar,

buscar noticias,

hacerse el tonto,

soportar lo que haya que soportar de miradas y risas. ¿Qué le hicieron, qué le harán, hasta cuándo?

¿Cuándo la arrojarán de nuevo a las fronteras de la realidad?

al kiosco, hay un grupo –el grupo- afuera pero lejos, no en la vereda, abajo, mirando el medio de la calle. Están Fac y los melli, está InS y Madelén, no es hora de Yac. Hay un amasijo con pelo sobre el asfalto, pero tanto la calle, unos cuantos metros arriba y abajo, como el mudo coloso vacío de enfrente, cascarón de escuela, inmenso, están solos. El mínimo grupo está en éxtasis, no se mueve, no habla, hay un impacto ominoso en el hueco que hacen los pechos, hombros adelante y la poca brisa que mece las puntas de los abrigos. El sonido está en suspenso también, flota el silencio que nada y nadie corre. Probablemente un perro, más difícil un gato, casi más grande pero tan pequeño. HaB contempla y no se decide a ver de cerca, teme como siempre, ver, encontrar más que los otros, enloquecer sentidos y oler la podredumbre que viene, la vivacidad del animal en el inmediato antes. De que la trama fina de la vida se soltara. Mascota feliz y vagabunda, todo le da pena, todo da pena cuando se comprende. Ver es comprender, quién dijo que la ceguera abre otra visión. ¿o es ceguera la suya? Y se le antoja más feliz la vida del perro cualquiera hubiese sido su lugar en el mundo, que su presente infeliz, encontrando lo que nadie pidió que fuera buscado, husmeando donde no lo quieren, hallando respuestas sin pregunta.

Se acerca al fin –para algo fue, -y fue dispuesto a aguantar y fingir- y el ojo desprendido del bulto guarda cuna, juguetes y brazos humanos. El cuero no es desnudez de animal, piel expuesta en el desorden del final. Y se aferra al silbido del motor huyendo, las luces rojas traseras

zigzagueando en el momento justo en el que enfocaba la vereda y el grupo. Es cuero de abrigo falso. Los coches pasan ahora, ponen movimiento a la escena, pero el niño muerto no es noticia. Y pasan con luz roja, que fuera puesta cuando el colegio era un panal de rumores y luz.

El niño muerto espera que lo miren y sugiere que alguien llame a alguien. HaB no quiere tomar esa iniciativa. Prefiere hacer la estatua de la masividad dentro del grupo un relieve-figura de la estupidez humana, esperando que otro inicie la acción. Se queda, en la pequeña multitud.

Para variar es Madelén la que asume la conducción, no quiere problemas, su morosidad de estrella se cambia en diligencia cuando hay que frenar problemas. Da parte de inmediato. Lo de Ceci está fresco en todos y en la patrulla, que probablemente sea la misma. Mejor colaborar, maquillar el rostro de las cosas, neutralizar a quien diga –ya lo están diciendo- *venís acá y te morís, este kiosco te mata, es la calle de la muerte.*

Corolario justo para sobresaltarla y volverla conciente de sus deberes civiles. Arrea al grupo sobre la vereda, hace brazos para dar ánimo. Se inquieta cuando ve a HaB como si viera a un búho –esos ojos- con su inteligencia silenciosa, a años luz de estos otros. Por eso, rápida, define el curso de los hechos.

-Vamos en persona a declarar lo que pasó. Alguno que venga, ¿vos? No hace falta que estén todos. Y vos quedate cuidando, Una hora no tardo- como si el tiempo le perteneciera.

HaB asiente en las sombras, teme que los ojos delaten su alarma y su búsqueda. Y los ve irse a la comisaría –los que sobren se quedarán afuera alborotando y Madelén los tendrá que calmar con su autoridad cruel y untuosa si hace falta, lo mismo que a los oficiales, que le agradecerán la declaración sin fisuras, simple de sintaxis y vocabulario, lista para pasar en limpio como corresponde a un hecho callejero sin más autor que la fatalidad. Pondrán en su lugar esos restos, clausurarán el caso con las notificaciones de rutina. Entonces ella volverá a cerrar el día y terminarlo en el clima artificial de su departamento que zumba de confort, entregada a sus planes.

La calle desierta, el kiosco abierto de par en par. Todo para él, durante una hora, con sus secretos. Si hubiera tenido tiempo de anunciar sus propósitos, si Madelén hubiera oído alguna de sus inquisiciones quizá no le hubiera confiado su reducto. Y él hubiera tenido que estar deponiendo su testimonio, su visión de los hechos. Y si el oficial sumariante lo conociera seguramente le hurgaría con algo de burla en su visión de las cosas, especial, enferma. Quizá por eso mismo lo desecharía como testigo. Pero venía mirando para adentro, ningún detalle podría servir para encontrar al criminal, no, no había visto nada…

Claro que siempre podía caerse Yak, pero no era su horario, era de Madelén hasta la noche, hasta cerrar y contar la caja. Sintió entonces una

tensión que desde el pecho descendía por la boca del estómago hasta el pubis y volvía al pecho.

Entrar, revolver todo lo oculto y encontrar el nexo entre el estrellato de Barbi y los kiosqueros, leído, adivinado en los guiños y sobreentendidos continuos, como un diálogo sobrevolando las babeantes conciencias alrededor. ¿Yak en especial? ¿Pero Madelén? Confabulaban… Barbi era la única en pie de igualdad con Madelén, o casi.

Mimoserías de la mayor

respeto admiración

excluyendo

no a él

-Barbi a solas lo distingue-

Madelén le desconfía

¿le teme?

no disfruta esos honores

de Barbi sólo vienen alarma y zozobra

lo que más se parece a la felicidad.

En el mínimo cuarto que es el local no hay nada que le llame la atención. Se le ocurre que puede robar, probar cualquier cosa que le apetezca pero es delicado de estómago y los químicos de las golosinas le hacen un efecto ácido, un reflujo a querosén en la boca y un fuego. Nada de lo que está ahí, primicias y novedades, lo tienta. Y sabe que más atrás, donde

los clientes no pasan, hay otros platos. Las bebidas swossshhh! Controladas, carbonatadas hasta las lágrimas, que penetran por la nariz, los jugos de pseudofrutas que combinadas terminan siendo iguales. Las fermentadas sin alcohol –por debajo de las cotas establecidas- que sin embargo se suben a la cabeza, espumosas, doradas, con miniestallidos de aire y ruido –sabor y frescura- Y tras el cuarto hay otro cuarto menor, casi una alacena, un vestidor, refrigerado. Allí están los killder, en sus cajas, como los huevos en la heladera de una casa, formando hilera. Su equilibrio térmico es tan delicado como el de los medicamentos de la farmacia. Su poder vitamínico depende de la temperatura. ¿Y cuál es la diferencia si en la farmacia venden pintura de uñas, jarabes de dieta y caramelos para el hambre?

El frío zumba, alerta, las manos y los pies se enfrían de a poco. En unos instantes el cuerpo de HaB se aprieta y se encoge y así, comprimido, se pregunta porqué encontraría respuestas allí. Y entonces lo ve, con su ojo loco, móvil, veloz, el logo animado de la empresa que tiene a Barbi y está en todas sus apariciones en algún rinconcito, vibrando como ahora delante de él (es Cromos, la cruz inicial del enigma, el gesto, casi como el nombre de un dios, ubicuo y poderoso pero oculto)

Entonces ve alrededor del logo y es como si la viera a ella, la está viendo, se asocian, uno no es sin el otro, en la memoria, instalados, visión que lo registró. Con la vista fija en él advierte que está sobre un cuaderno que llaman buc y que no es un buc de fotos sino de animaciones, todo se

mueve en él. HaB tiembla de ganas, ahí dentro estará ella, todo lo que se hizo, que le hicieron, que se hizo hacer para el contrato. ¿Por qué aquí? Es la pregunta, retórica, que se hace sabiendo que la respuesta está en su intuición y en lo que fue viendo últimamente entra las dos, Barbi y Madelén. Madelén la buc meiquer de Barbi y Yak el… ¿jefe, garante? ¡Qué fortuna no les pagarán por las ganancias que Barbi ya está ingresando! El cuaderno zumba a su ritmo, su memoria estalla de contenidos, los archivos se activan apenas se abre, impacto, y en sus páginas de luz Barbi se ofrece sin producto, ella misma es producto de catálogo. El frío protege los circuitos. HaB recorre los archivos sin cansarse. Nunca podría cansarse. Encuentra los movimientos que ya había visto en los paneles de los grandes transportes de pasajeros, ahora en diminuto, danza y estelas de estrellas. Más adelante el buc se concentra en la etiqueta, Barbi- en el envase –Barbi desnuda- en la modelo ya mercancía. La promo la muestra en todas las posturas posibles, en todos los escenarios, negro, rojo, dorado y multiplicada, ella misma lamiéndole el culo a otra ella.

Es como la reserva, el último jugo que puede sacársele, promocionada promocionando, la querrán a ella misma, consumir el gadget de su belleza por fin, cuando la masa pida novedades y una élite disponga de lo que queda.

¿Pero cómo y cuándo obtuvieron esas tomas, la madre autorizó esos detalles? O no, una vez enajenada la imagen, cada postal se hace como se quiere. Ese cuaderno mágico es en realidad un mero folleto que expone el potencial del producto B. HaB puede verlo, cuando consigue que sus

manos reposen sosteniéndolo, haciendo del buc el apoyo de todo él. La piel no es su piel y el pelo no es verdadero, puede verlo. Están captadas las imágenes, las inflexiones, el tono de las líneas y se proyectó el todo en las formas que idearon. Hay, él lo ve- una textura falsa, un polietileno… o satén que cubre las facciones tan conocidas. Por momentos el resplandor le nubla la vista pero la agudiza, entra en el relax de la lágrima, en la guardia baja de su atención, demasiado cargada de sentimientos, el puñetazo del píxel claro y definido le enrostra también su falsedad. Casi no puede pasar las pseudos páginas del muestrario, se quedaría siempre en una, cualquiera. Fascinado, piensa, trata de pensar. Quizá no posó ella en todas las actitudes, pero sí, si cedió la imagen. Si lo hizo, fue para esto.

No le cuesta arrancarse de la lascivia que lo copa, en tanto espectador como cualquiera. Pero siente la tristeza de la cama deshecha, la soledad y el deseo ausente por la decepción. No hay electricidad en sus miembros.

Mira los comandos, son demasiados, algunos usuales. Es un álbum inagotable. ¿Contiene otras criaturas? ¿Otros modelos? El cursor desgrana nombres de fantasía: Spekter, Feitanded, Frantasy, Cokein, y tropieza en Madelén. Pulsa maquinalmente, pero no hay allí imágenes de la bella que está por regresar. Sí las hay de un rostro salido de un estudio de dermatología patológica, rubro quemaduras. Pero abajo dice Madelén, una década atrás. Y su ojo dice que es y no es Madelén esa cabeza, sólo la cabeza en el principio. Sus áreas lisas, frente, mejillas, perfiles de nariz están poceadas, como por secuelas de males que HaB no podría nombrar.

Manchas, escoriaciones. Su modorra hipnótica sacudida de nuevo por la sorpresa y la potente curiosidad escruta las páginas que avanzan y retroceden con un suave dedazo del índice sobre un cuadro ópticamente sensible. Recorre, lo da vueltas, adelante, atrás, de costado y de frente, y la nariz, única forma pura en esa máscara de párpados caídos sobre una mirada que sí podría identificar.

HaB siente que las manos se le están helando mientras sostiene el cuaderno. Una luz titilando le advierte que la batería estará necesitando recarga en breve. El frío necesario se estará evaporando por la prolongada exposición y quizá las emociones sean químicamente negativas.

Las manos frías arden en su interior.

Pero se niega a cerrar esa revelación,

que se va abriendo camino

de ojos a cerebro.

De la imagen de luz

a las neuronas de más

que convierten a su mirada

en armas de enterarse.

Y que ahora mismo le está diciendo que Madelén tiene la cara quemada, que no son heridas lo que le vio sino corrosión paulatina por la exposición a las máquinas y los complementos que la captaron alguna vez. Que fue modelo de marcas, y los tintes y reveladores que usaron para sensibilizarla a las lentes, para encenderla con toda su belleza y pasarla al dominio de las masas dejaron esas huellas de horror. Y que todo es como

se cuenta en voz baja o peor. Y de nuevo, lo visto y la memoria se impone completando la pesquisa de esa noche: Madelén funciona como Barbi, o a la inversa, Madelén no es Madelén sino su holograma en plenitud, como Barbi no es siempre Barbi sino sólo a veces. No por ejemplo, cuando el autobús la trae en su pancarta con estela de luz y de estrellas, bailando en la noche, dispersando sombras y levantando los corazones grande como un rascacielos o chiquita como un colibrí. Las manchas de Madelén están atrás de la luz que capturó para reflejarla siempre sobre los cráteres de la piel. Pero Madelén está inactiva, su estrellato caducó ya y el mantenimiento del aura durante las horas en que es vista por todos, es un derroche que debe tener su razón. Entonces las palabras del abuelo se hicieron presentes con otra dimensión… *me vieron…* había dicho, los buscadores de talento, espías en los campos de juego del barrio y de todos los barrios… y Madelén sería espía entre nosotros, buscando captar la mina de oro que pagara su constante belleza. ¿Y Yac? ¿Sabía qué era Madelén? HaB no le temía a Yac como a Madelén, lo sentía cercano, varonil, aunque hosco, ocupado de administrar. No arrastraba las hilachas de la hipocresía. No montaba un espectáculo ni se rendía en falso como Madelén. Sondear entonces a Yac, clavarle los ojos, usar ese poder desperdiciado y terminar de confirmar las viejas sospechas, clavadas en él desde que Barbi empezó a alardear de su próximo lanzamiento. Entonces sí podría sincerarse con ella, gritarle en la cara lo que sentía. Nada más para alejarla del peligro. Y para que pudiera volver a ser ella misma. ¿Qué más podía esperar?

HaB siente dolores más agudos ir y venir por dentro. Y si quisiera conservar lo que vio y vio con su dolorosa mirada, ya tendría para mil noches en su capullo roto, su cama estrecha, sus muslos fríos.

Pero ya llegan Yac y Madelén. HaB los ve oscuros y siniestros, recortados contra el neón de la noche. Él hace las preguntas adecuadas. El cuerpo del niño está donde debe estar y eso es auspicioso. Los demás habrán ido a clases, las de sobreturno, para los malos estudiantes, citados a todas horas porque no les alcanza el día y la noche para ponerse en carrera. Ahora lo miran con sospecha, HaB tuvo la astucia de agarrar de esos tipops nuevos sabor tornasol. Madelén lo "descubre" y ríe seductora. A la luz blanca de la noche su piel es sin embargo más bronce de sol y debajo de los ojos una línea blanca de cosmético le ablanda la mirada y le da ternura. Sus ojos sí, son de vidrio, ojos de muñeca y la camisa blanca tiene los pliegues tan bien dispuestos, en su lugar, marcando abajo el cuerpo fino, sensual, *¿No querías nada más? ¿Una botellita de espidi para la vuelta?* El espidi lo tiene HaB en el músculo del corazón, en los ojos cansados, en la memoria, está más bien para emostase, un río de equilibrio en tus noches. Pero se abstiene de pedirlo.

Playa

La estadía de Barbi en la playa haciendo campaña para la empresa fue infierno y paraíso. Envejeció y maduró más que en toda su vida. Sin duda lo que sacó en limpio de ese torbellino fue un buen acopio de sabiduría. Pero ¿estaba en condiciones de ponderarlo? No ya de saborear conocimiento, tan sólo de darse cuenta. Tardaría su tiempo el balance de esos días.

Osciló entre la euforia y el mal humor –su forma de estar triste- con la regularidad y la obstinación de las olas.

Hubo muchos paradores, tantos que se le mezclaron, todos con su color rabioso, sus telones, sus signos-logo, salvo el blanco, el purísimo blanco-zen color de temporada que jugó al vacío publicitario logrando un grito agudo de proclama y una identificación envidiable.

Hubo muchas sesiones de fotos y video siempre con un sinfín de esclavos especialistas agitándose a su alrededor con rociadas de refrescantes, cosas para las pestañas, curly-wow; para los labios, ultra gloss; para el pelo, wonder shain, con… y después la seguían al cuarto de hotel. Aquí los esclavos estaban de blanco, ya no zen, sino como en la publi de jabón de ropa, administrando el tratamiento para la imagen. Indoloro, incruento, no-invasivo ¿puede alguien encarnizarse con una imagen, con una proyección? La mesita con ungüentos era portentosa, en su variedad, sólo un experto superior podía escoger el adecuado. No había etiquetas, fechas de envase o vencimiento, precauciones o prescripciones. Puro genérico el unto blanco de bordes luminosos que deslizaban por su piel sin dejar libre

ni el revés de los párpados, ni la lengua. Y además la sedaba. Placentero el rato de los paramédicos y sus manos anónimas y calladas. Con guantes transparentes que iban tomando luz sobre su cuerpo. El sopor llegaba como el señor sueño de la nana, con bata blanca y la conducía hasta la cama y traía la botella de agua que no era sólo agua. Tenía hidratantes, por que *acaso el agua no lo es…* y quería bromear pero no le salía ni una ironía. Una vez le contestaron

no del todo y se veía el reverbero del contenido en la oscuridad violada por los letreros luminosos de la calle que trepaban para recordarle que no era

sólo agua. Pero entonces ya habían bajado los párpados sobre las pupilas untadas.

De día había que apurarse, una mesa de desayuno llena de golosinas aparecía de la nada, alguna leche saborizada y adicionada también con color. Sólo la leche del parador blanco era blanca, aunque sin duda adicionada sin colorantes. Barbi arrancaba así su día, y de mal humor. Se vestía con lo que había dejado a mano -no interferían en su elección- y bajaba al lobby donde la estaban esperando individuos con camisetas impresas con el logo. Se iba derecho hacia ellos, irritada por los murmullos de admiración que la seguían. El hotel estaba lleno de niñas y niños, con sus padres, muy jóvenes, que le rendían una necia adoración. Necia, necia, necia se repetía durante la breve caminata. Una buena palabra esa, le daba placer pensarla y también decirla, sobre todo cuando

el que oía desconocía su significado. Muy a menudo. Pero enseguida encontraba que el rumor de aprobación empezaba a caberle, a adjetivarla. Y la imagen de los cristales yendo hasta el todo terreno que la esperaba en la dársena para llevarla al primer parador de ese día, le mostraba una figura de satén, que era y no era ella, con un vestido diferente a cada paso, fluctuando en color y forma, como un halo de modas diversas. No se veía caminar sino avanzar y algo en el volumen y el peso de la figura, que no percibía de adentro hacia fuera pero que sí veía con sus ojos la recortaba de la necia realidad, la hacía única.

En el parador era diferente: primero adecuar los ojos cremosos aún al rubor nuevo, acaso un turquesa al tornasol. Todo allí repetía el color, para fijarse en el recuerdo con asociación placentera, pero quizá no eran los detalles lo que la afectaba sino en los grandes paneles donde se tomaban las imágenes, lisos y absolutos, tapando el mar, que quedaba siendo bambalinas, trastienda desprolija y olorosa del montaje de las presencias, que eran el oficio de Barbi. Las tarimas, los canapés y reposeras con sus colchonetas, las sombrillas de mil varas se instalaban contra el cielo y la arena, corrigiéndolos, un teatro que volvía artificiales al sol, las nubes, las olas.

Hoy vestía de color piel, o rosa pálido, o caramelo claro. Cada cual puede evocar denominaciones pero siempre darán algo puro, delicioso, líquido pero detenido, como el caramelo que empieza a entibiarse y detenerse en

el plato o la cuchara. En su pele continuaba el cromatismo sin dejar de agregarle algo de humedad, de latido, sudor con brillantina.

Después de las tomas hechas por operarios sin rostro (hubiera querido ver sus expresiones detrás de las máscaras con antiparras pequeñas pero herméticas) corrió con el deseo de quitarse la irritación, a uno de los monitores diminutos de la sala de control a la intemperie que iba mostrando y lupeando en crudo lo que acababan de tomar, ante un reducido equipo, protegido por lonas de balneario.

Se vio, y se enamoró perdidamente de sí misma. Perfecta. Sublime. Era ella. Sí, era ella esa criatura moviéndose como ella no lo había hecho –que pudiera recordar- sobre la tarima. Era ella, podía reconocerse. Llevó las manos a sus hombros, cruzadas. Los acarició apenas como para convencerse. Sonrió casi para adentro. No se animó a seguir, dar pasos, seguir, tocándose. No tenía dudas, pero no podía impedir que su mano derecha rozara las puntas de un mechón que bajaba por el escote.

Por la tarde estaba furiosa otra vez. Recuperaba el encantamiento, lo traía a la memoria sin dificultad, pero el efecto duraba poco. Y la sesión de lámparas dolía. Era para las tomas nocturnas. Activaban las cremas y ponían sensible la piel para los focos del set. En el set no había nada. No había sombrillas, ni paneles de colores, ni tarimas, ni mar. Había trastos, sobre pisos de cemento, biombos de metal por precaución sanitaria, un aire suave producido por ruidosos aparatos y los mismos operarios enmascarados. Los mismos es un decir, era otro turno. Y las lámparas, no

eran meros cuarzo de fotógrafía. Las lámparas queman con frío. Y dan fiebre.

No te mires las manos. ¿Por? Algunos salen corriendo (Barbi nunca saldría corriendo de un lugar donde quiso estar) Pero desobedeció, se miró las manos. Y las vio… ¿transparentes? ¿con algo como guantes de látex rosados? ¿eran sus manos guantes de látex rosa? Las piernas repetían el efecto globo pero con sombras en los pliegues. Se asustó pero se dominó de inmediato. Ahora vestía otras prendas. Un enterito metalizado desde la línea de las axilas hasta medio muslo, apenas ceñido en la cintura. Flotaba, emitiendo estrellas que duraban un segundo en el aire. Miró alrededor y lamentó que todo ese fondo fuera a borrarse. Hubiera disfrutado estar en el ambiente completo pero sabía –su tutor se lo había explicado- que sólo su figura, por el tratamiento, era tomada bajo esos focos. El resto, el común de los mortales, la horrible apariencia del mundo quedaba afuera. Sólo ella y las chispas que emitía entraban en los archivos. Para después plantarla en un entorno digno. Que no vería, no vería nunca. Sí le habían prometido unas muestritas para su buc. Todo lo demás -lo del día turquesa-, era para afuera. Hablaría en otros idiomas, su lengua tratada con ungüentos sería llevada a fabricar sonidos nunca aprendidos.

La noche turquesa terminó con dolor. No siempre la captaban de noche. El tutor le aseguró que no serían muchas las sesiones con lámparas. Eran muy caras. Pero llevaba tres o cuatro. Fue la segunda noche, la del naranja fluorescente cuando empezó a doler. Insultó al tutor hasta que las

fuerzas la abandonaron. No se quejó, no rogó, no pidió nada. Sólo insultó, que era su forma de llorar.

Y cuando el tutor quiso ablandarla con mimos lo alejó con las dos manos abiertas. Y ahí pudo ver, aunque las lágrimas mezcladas con cremas ardían mucho –la sal quema siempre- el borde interior de las uñas, allí donde una línea suave subraya la forma redonda de la base, eso que en los niños es casi traslúcido estaba arrugado, fruncido, y decididamente oscuro. Pero siguió, insultando, en forma automática, con los ojos ineficaces fijados en sus manos abiertas, repeliendo el abrazo. El tutor notó la sorpresa y llamó a los paramédicos que enguantaron a Barbi con premura y en el fondo de los dedos blandos la crema comenzó la maceración para corregir el desastre.

La sesión siguiente encontró a Barbi todavía enfurruñada. La ilusión del vieje ya había pasado. Tan rápido. Los halagos se acumulaban como detritus de las sustancias de contraste. Y ella, igual, saturada. Como si las miradas de admiración fueran una novedad, una grata sorpresa, como si no estuviera acostumbrada a la compañía permanente de la admiración ajena.

En el fondo, la sospecha de la decepción había estado siempre. Pero esta furia, este berrinche imparable le estaba dando la medida de la profundidad de su estado de ánimo. Tenía emostase a mano, más que suficiente. Era lo único que había pedido, pero lo suspendió cuando se dio cuenta de que de sus efectos sólo funcionaba el sedante. Estaba fallando

el equilibrante de emociones. Sí que estaba bien despierta, sí que el pecho no le saltaba literalmente –en su mente era algo desbocado, convoy subterráneo raspando las paredes en pos de algún abismo- estaba bien alerta a las indicaciones, pero ¿el oasis de altura? Ese estaba faltándole. ¿Acaso habían tocado su fórmula? ¿Le estaban dando un emostase adulterado? ¿La querían furiosa? ¿Era el desayuno de batido ionizante que la neutralizaba así? No lo había probado nunca. Como un suplemento, pero que no se agregaba a nada. Es decir, no suplementaba una comida magra, simplemente ocupaba su lugar. Tendría:

Leche batida descremada al 0%

Aditivo hierro y metales esenciales

Saborizantes sabor coco sucedáneos de vainilla y crème brûlée

Un toque de alcohol sin alcohol

Y después de tomarlo del cartón, con bigotes de gato mamón, *¡Lo que soñaste está ahí!* Era eco del grito del espot archisabido. Está bien que la caja venía abierta, seguramente por si acaso su descuido o torpeza –o temblor de manos- le hacía derramar algunas gotas al tironear del *estic–cierre* sobre las moquetas increíblemente claras de la habitación en la inmensa torre-hotel que sí, era novedad, nunca había estado en lugar parecido y sí, nunca la habían servido con tanta diligencia. Pero había algo de lo que servían, de la que servían, que no era ella. Ese fondo de luz sobre las cosas, ese estar y verse ser, ese entregarse y sonreír de costado, torcido, en los adentros, donde no llegaba la crema ni las manos

enguantadas. La luz de comprensión le cantaba el desencanto, lo avivaba en cada instancia de su trabajo.

El tutor entró, bellísimo en sus insignias de mánayer, (un Yac exitoso, subido de tinturas) –Me sonó el píper, ¿llamaste? Hoy es el atardecer de vampiros

-¿Vampiros con mar?

-Un trailer de no sé qué.

-¿…?

-Tengo nada más que nuestro guión, ¿qué importa?

-Quiero ver, ir al mar.

Risa de costado, va hacia el ventanal detrás de los estores oscurísimos, pero encuentra vidrios de metal.

Ahora ella ríe, -Aunque se viera de acá me hace la impresión de que es otra pantalla, todo lejos y muy chiquito. Quiero ir, pisar, oler, tocar, escuchar el ruido de las olas.

-Es como un motor de fondo… y todo pica y arde cuando estás ahí. (Excusas baratas, no sabe que cuando Barbi quiere algo…)

Su silencio.

Algo se planta en los ojos con semillas rodeadas de parches grises. Parece lo que tiene en las uñas, pero quizá no lo es. El tutor piensa entonces y mide los riesgos y los retos. Pero su trabajo es atenderla, y satisfacerla. Tenerla pronta y dispuesta. Los vampiros van de noche. Él no puede ni quiere. Odia la arena, el viento, la mugre. Y el pelo queda hecho un

desastre. Pero, mira a Barbi y piensa en San, el chofer, que tiene mucho tiempo libre, casi todo. Esos la pasan bien, wow, una vez que se llega ya está, a esperar la vuelta. Mínimo trabajo, traslados cortos, nunca urgencias que no sean caprichos fáciles y previsibles, como éste. San es discreto… las objeciones son el sol, la piel, el pelo y el ánimo, pero él no se pone la camiseta de la empresa. Puede ignorar las prevenciones. Y San es responsable, hasta ahora lo ha sido, y no bebe cuando maneja, al menos alcohol.

Ya está prendido al móvil, San ubicado, citado a las diez. Indica a Barbi bajar por el otro ascensor, la calle de atrás, una van con el logo –claro- de la empresa, con vidrios securizados, un utilitario nuevo, liviano, que se va autovendiendo mientras trabaja, aunque flojo de partes, demasiado liviano para la velocidad que desarrolla, pero joven, sí, joven para cargas leves como cajas, cajitas, farmacias y laboratorios y se puede climatizar y llevar latas frías, píldoras delicadas y golosinas. Sí, en uno de esos estará san, *pero no te metas, no toques, que no te dé…*

Barbi ya se puso una ropita vieja, la que trajo para dormir si no está vendada, con olor a mal enjuagada, perfumina vieja de la madre, de coco. Y en los pies unas thongs de dos tiritas por los dedos. Sin mirar los pliegues donde se depositan las sustancias. Un bolsito con peine y hebilla de entrecasa, una gorra con visera que escatima la miel y las semillas de la mirada, encendidas como hacía tiempo no lo hacían. El tutor se alarma

un poco, el holograma bajo su cuidado ya se ha ido. Ya se está arrepintiendo.

En el fondo le teme.

San se divierte. Estaciona lejos de las casetas de lona, baja a la arena el utilitario con sus bocinas llamadoras y sus flancos pintarrajeados y se dispone a esperar. Su pasajera no abrió la boca en todo el camino, unos minutos hasta llegar a ese balneario cerrado todavía, en apuro de vísperas. Tiene estrictas instrucciones de darle un rato de paseo sin perderla –jamás- de vista. Ella no se molesta por la mirada que no la deja, y tampoco se alegra. No lo nota. Bajó sin palabras y se fue derecho a la arena húmeda, con el bolsito colgado del hombro, rosa chicle, globo desinflado. Parece que no lleva nada, pero desde lejos la ve abrir y cerrar, sacar algo, manipular. Pero San no es curioso, le importa un pito lo que haga.

Ahora, descalza, apenas un descuido de los pies la deja sintiendo la arena fría.

Pica, de verdad, los dedos la remueven, como pequeños moluscos en desbande y no sabe si es sabor u olor lo que los dedos dicen.

Se queda, atendiendo al viento que trae la sinestesia, que la envuelve y le canta adentro de la cabeza.

Las mechitas claras le bailan en los ojos pero no hace gestos de disciplinarlas.

Los brazos le caen, toda ella es papilas receptoras.

Sólo en los pies hay movimiento.

Y en las narices, sal.

Tiene un poco de miedo a mojárselos, a emborracharlas. Pero en unos pasos la sonrisa le sube, porque la espuma desfallece alrededor de ella misma.

Es hora de que suba.

El agua.

Pronto la tiene en los tobillos, pero se siente inundada.

Dos pasos más y le rompe la olita en las rodillas.

Y los pies se hunden en vidriería de caracoles.

Y en arena gruesa que entrechoca como loza rota por la furia de alguien que no se calma.

Que no es ella.

Un paso más y tiene ganas de sentir el espaldarazo del mar, su bautismo sin miramientos.

Ella es apenas un hilo de hierba.

Se inclina un poco y recibe en el pecho la risa de la ola, la próxima de nuca, estalla espuma sobre los hombros, le salta el pelo en rayos mojados.

Se ríe sola.

Es exactamente lo que buscaba.

Ya tiene el mar en los labios, en las orejas le pica el mar, atrás de las rodillas, debajo de las uñas.

Se pasa la lengua por las gotas densas.

Y ya está.

Con el calzado entre los dedos de una mano, el bolsito arrastrando, va viniendo a San, con la sonrisa, la ropa pegada al cuerpo, el pelo en canutos duros, secándose al buen clima de pretemporada. San tira el cigarrillo y sube a su lugar. Está serio, algo preocupado. Quizá le venga una tormenta de reproches por esto, su filosofía siempre ha sostenido el teikirisi.

La va mirando de reojo, esperando que comparta lo que la hace reír así. Pero los ojos están cerrados. Y se queda mirándola, no vio una cara así. Por eso, piensa, si el tutor se chiva, se la banca. No estuvo mal el paseo.

Historia de Madelén

Décadas atrás hubo muchas cosas buenas para las chicas. Por ejemplo la imposición-necesidad de rizar el pelo hasta el paroxismo caracólico de tal forma que pelos de cuarenta centímetros quedaban ensimismados en melenita rozando los lóbulos. Wow. Daba gusto hincar los dedos en las ovejitas multicolores (porque el summum incluía teñidos a granel por lo general en la gama de los rojos, del malbec al uva chinche) Las rulientas naturales buscaba a su vez el sovash a puro golpe de cepillo, estirando y elevando oleajes eléctricos de cabello a la laca pura, cuando la delgadez de la hebra exhausta de vibrar estáticamente, se venía irremediablemente abajo. ¡Despegado! Era el grito de combate y los laterales hacían combas en escalera. Nadie se aburría, porque nadie estaba en orden. Y nunca se

llegaba a la completa satisfacción. Después venía la corrección de las cejas. Implantar pelos hasta convertirlas en ácidas orugas de la fruta, erizadas, planchadas o permanentadas. Y si todo se lograba demasiado rápido siempre se podía pintar lunares en la cara o lunas en las uñas. Todavía no terminaba de llegar el tatuaje y sólo algunos pocos hincaban metales o joyas en la piel. Las aguas corrían por el cauce de lo sof. Almohadillas de látex espumoso en hombros, nalgas y pechos, que componían un submodelo que, al sacarse, y dejarse en una percha podía pasar por un amigo desaliñado, un allegado de tocador.

Madelén llegó allí en sus tin y lo probó absolutamente todo sobre su cuerpo. Camaleónica, había despegado alas de volar habiendo sido una larva hermosa. Y presumida. Dotada de una melena larga, abundante, de hilo grueso pero extraordinariamente dócil, pasaba gran parte de su tiempo ocupada en cambios de aspecto. Apenas en la secundaria, le ofrecieron hacer fotos. Y las hizo. Su rostro viajó por la gráfica y los cortos de publicidad en tamaño reducido. Pero ganó buen dinero. El punto culminante de esa carrera fue, sin duda obtener fortunas por tomar sol en un sector de playa que se imponía, bajo sombrilla o tendida, sonriente. Era fotografiada constantemente y ella seguía sonriendo, era agradecida. No le costaba hacer presencias todo el verano. Al mismo tiempo, en ratos perdidos, había obtenido unos diplomas de administración y contabilidad. Estaba cansada de escuchar a su alrededor que la carrera era muy corta, como la de los deportistas y había que pensar en el después. Calló a los agoreros, con esos diplomas, pero ella seguía el camino de los sueños,

todos sus miedos estaban en ese futuro que no debía llegar nunca. Hiciese falta hacer, lo que hiciese falta. Se emperró en permanecer en el rubro, fuera cual fuera la arista que le tocara. Trabajó de probadora, de encuestada, respondiendo cientos de preguntas sin cabeza sobre productos nuevos –era líder de opinión, su perfil era el buscado para ciertos consumos. Y al filo de los treinta le propusieron participar en un proyecto ultrasecreto de tratamiento de imagen. Y fue a dar con su osamenta y su cuerpecito de almohadillas a interminables sesiones, dolorosas sesiones que iban haciendo avanzar a lo nunca imaginado la magia de visible.

Pero algo salió mal. Ella sin duda contribuyó a que se buscara corregirlo. La tomaron de caso testigo, a modo de indemnización, hasta que el proceso tuviera éxito. Es decir, hasta que ella, el sujeto, aceptara la irrealidad del aspecto que presenta a los demás, aún conociendo las consecuencias a largo plazo, acumulativas, del tratamiento. Firmó todo. Y así resultó que lo que andaba por el kiosco bajo el nombre de Madelén no existía. Tampoco era una proyección o una transparencia de múltiples dimensiones. Era más bien un cuerpo tratado que reaccionaba a la luz y armaba un pixelado: la camisa blanca, el yin lavado con cinto de cuero y los muslos ceñidos, su rubio imposible, el sol de la piel. Sí las manos, la lisura de las uñas rosadas tenían algo de artificial. Eran las de las muñecas de su infancia, las del plástico que operó el milagro de los bebés de juguete, de piel más hermosa que la de verdad. Las manos de Madelén eran y no eran de verdad. De verdad era ella autora de sí misma,

directora de su proyecto, del aspecto seductor y sin edad que revivía al neón como una foto en copia nueva. Y toleraba el sol siempre que la dosis de mantenimiento hubiera sido tomada con la suficiente antelación. En su sangre andaban sustancias sin nombre provocando milagros a destajo.

Las cremas bienhechoras le habían llegado tarde. Tenía una buena provisión de ellas en las congeladoras. El procedimiento exterior la estaba preservando de algunas catástrofes (deterioro del hígado, esterilidad, arritmias) pero todo había sucedido demasiado temprano para estar segura y a salvo. No para el negocio que iniciaba y para el que el kiosco servía de sucursal. ¿Cómo hallar una Barbi, si no? No en la puerta de los colegios, territorio exclusivo de los promotores, seres peligrosos, dotados de poder y de crueldad sin límite. Seductores, irresistibles, protegidos de las discotecas, con sus corretajes de insignias, rangos y productos riesgosos. Madelén se preservaba, actuaba sola, no podía confiar en nadie, con todos esos flancos débiles. Una Barbi bien elegida, bien entregada le significaría años de futuro cómodo y bello. Además las escuelas eran terriblemente deprimentes.

Y de verdad contaba con que su poder sobre los demás, el carisma de su apariencia fueran bastante duraderos. Estaba dispuesta a morir con ese aspecto, sin importar cuándo… Aquí Madelén jadea, pierde el dominio, siente que el aire no recorre su interior como debería. Se le escapa el control deja de ser asertiva. No sabe cómo ni en qué momento llegará a la saturación, la pérdida de efectividad ni cómo será el proceso, los autores del tratamiento no se angustian. Ella aceptó, firmó, exculpó. En algún

mojón los kilómetros se detendrán, y no hay rutas alternativas. El plazo es un enigma. Una mañana negra verá las pistas del propio capricho en su verdadero rostro.

Hospital

HaB nunca sube a un colectivo. Pero ahora está bajo los efectos de una poderosa determinación:

buscar una voz autorizada,

quiere términos científicos,

Madelén nunca se los diría,

es mentirosa y escondedora.

Sólo una vez estuvo HaB en el hospital. Cuando fue necesario implantarle un clavo al abuelo.

¿Se mareó o se cayó a propósito entonces? No era de marearse el viejo, quizá no quería vivir.

En esa ocasión todo había ido tan rápido que casi no conservaba recuerdos. Sólo que el abuelo había sido internado y que era necesaria la firma de un hijo… Y que no había sido su padre, sino un hermano, nadie le aclaró nada. Es decir que había un tío. Así, con esa lentitud, había razonado el niño que eran las cosas. Fácil, pero no tanto de aceptar. Hijo del abuelo… si no es mi papá… es un tío, y el pequeño HaB lo había

perforado a ese hombre, con la mirada, todavía no diagnosticada, pero perturbadora a la hora de enfrentarla. Por eso el tío firmó, habló, se encerró con el abuelo entre las cortinas grises de la sala especial de los recién operados, bajo los ojos especiales del niño, que dependía absolutamente de ese lisiado, y desapareció después, sin manifestar ninguna implicación con ninguno de los dos. El abuelo, así, después de tener su situación legal hospitalaria en regla -se había hablado de comprar una prótesis-, quedó a cargo de HaB, que no tardó en conocer los pasillos en busca de agua para el termo y yerba en los alrededores. Nadie se negaba a llenar la tapa de plástico con un par de cebaduras.

Al parecer el abuelo gozaba de algún derecho a rehabilitación, porque después durmió en otro cuarto, en un pabellón distinto, y fue retirado por cortos períodos por enfermeros simpáticos y entusiastas, aunque para nada fáciles de convertir en amistades. Durante más de una semana el nieto había dormido allí de contrabando, en soledad y quietud. Sólo los diarios atrasados que encontraba y una radio vieja prestada por alguien rompían la tela gris de los minutos y las horas. Había llegado a la conclusión de que el hospital es un lugar donde el tiempo y la vida se suspenden, se sacan del carril rígido que siguen a ciegas para vegetar en un intervalo, entre la vida y la muerte, en sordina, murmullo, rumor.

Pero ahora es diferente. Ahora tiene alas en los pies y la mirada sabe qué tiene que buscar. Va a salir, al rato de entrar, con una verdad…

Toca el botón de la chicharra, baja por la puerta de atrás, tres escalones, mientras una lenta multitud doliente sube por la del frente, huyendo del encierro de una visita de espanto. Deberían sonreír: están vivos y fuera.

El edificio principal, el portal ancho de las urgencias, la bandera deshilachada, y una imagen de mujer con velo y corona. Podía recordar esto y los perros. Los perros de ahí, sin dueño, como si estuvieran esperando noticias de un pariente accidentado o herido de bala. Como un decorado en movimiento, miseria de ciudad, tristeza promiscua, están por todas partes: la sala común, los pasillos de la consulta y hasta el quirófano, se puede apostar, tendrá sus perros testigo, esperando alguna tripa descartada, como chicle humano, tibio y sin sabor.

Buscaba el laboratorio, pero no lo tenía registrado en los recuerdos. Y tampoco era seguro que fuera el lugar indicado. Tenía la esperanza de que allí se indagara sobre procesos químicos, experimentos y secuelas patológicas. Y sabía, sin poder decir de dónde había sacado el dato, que estaban sobreatareados y exhaustos, haciendo todo a cuatro manos y demorando eternidades en entregar resultados. El cuerpo social estaba lleno de mataduras y los que andaban entre las probetas y los mecheros eran una minoría. Los imaginaba con la música de la radio, la cafetera y los termos de prueba en prueba, sin descanso, pero amigables y comunicativos. Imaginaba y adecuaba sus fantasías a los fines que lo motivaban y superaba la timidez que lo detenía casi siempre en su vida.

Pero quizá sólo se estaba probando a sí mismo. Para ver si podía: salir, moverse, encontrar personas, comunicarse. Si hasta había fantaseado con

aprender idiomas… mirando as leyendas en los negocios, escuchando algún saludo y las series, cuyas réplicas entendía sin leer. Y quería usar el único que estaba a su alcance, como si no hubiera creído, mucho tiempo, que no existían otros…

Un doctor chiflado –guardapolvo suelto y sucio, puños superpuestos que asomaban, pelos en desorden- le salió al encuentro y provocó un alboroto de perros; un pisotón y amague de lanzarse sobre ellos los espantó. Se le plantó HaB con decisión y le tiró algunas preguntas, directamente a los ojos, tal vez demasiado arboladas de sintaxis y perífrasis, tal vez demasiado empapadas de desesperación.

Remató: -Y quiero ver.

-¿Los cultivos, las mutaciones?

-Los enfermos.

Están… ellas, arriba, en el quinto… quedan tres- se encogió de hombros –para el seminario…

Punto por punto: todas mujeres, arriba de todo, sin ascensor… quedan… Las escaleras fueron un respiro, no de oxígeno, de ojos, de realidad, de expectativa a punto de ser saciada. Ya no tenía sed.

Pensionado de mantenimiento. Seminario de los doctores tal y tal.

Carita Sullivan

April Lavette

Mini Scoop.

Y una estrella al lado de cada nombre, dorada, como en set de filmación.

HaB en vano llamó a las puertas. Las chicas no estaban en sus cuartos. Se asomó y lo comprobó: camitas de caño cromado, mesa de luz verde pálido, cortinas pesadas, un par de sillas, anaqueles con frascos etiquetados. ¿Incongruencia? Si HaB hubiera conocido esa palabra la habría usado, con el fondo de una musiquita vagamente familiar que lo llevó al final del corredor, a una puerta doble encendida de sonido y sol. Allí fue, sintiendo otra vez miedo de sus ojos, el miedo de siempre.

Carita, April y Mini estaban sentadas en torno a una mesa pequeña, con unos vasos descartables, una Tulacok grande inflada de jarabe, echando gas y burbujas por el pico abierto como una flor.

Nimbaba las cabezas una luz sospechosamente polvorienta de brillantina.

Sus sonrisas le apuntaban así que mantuvo los párpados a medio camino.

La luz lo hería tanto como la visión profunda que los ojos cometieron dando cuenta de la parte de holograma

(a saber los bucles, la piel satinada, el nimbo de luz, la turgencia suave de las bocas y el engomado terso en la estampa de las ropas)

Enseguida o al mismo tiempo, sus receptores sobrantes en acción, el material de sostén, las calaveras y su cubierta estropeada, morada y violácea, lívido con azul el pellejo con sus cráteres lunares o marcas a lo viruela antigua, algo como erosión en áridos paisajes de altura.

No había pestañas reales allí, no había forma en la nariz y la rubia, la lacia y la ensortijada eran iguales de cráneo. Faltaba que las sonrisas desparejas le guiñaran un asentimiento de club y salieran a bailar algo

medieval, con fondo de laúdes y tambores de salón, que recordara la fugacidad de la vida.

Pero HaB sólo saludó, con la mano y la sonrisa, al bulto de gente y luz.

Las maquetas respondieron, sirvieron un vaso dejando la redoma un poquito más fláccida. Y, de pronto, dando un trago de cortesía con regusto a acetona, pensó que no le interesaban la comprensión y la amistad de aquellas. Que más valía volverse con argumentos sólidos, con pruebas pesadas, que hacer nuevas relaciones.

-¿Ustedes fueron estrellas del espectáculo, verdad? ¿Las tres?

Y se arrepintió de inmediato. Los jingles brotaron de las auras, los peinados oscilaron al ritmo y, más densos que antes, lastimaron los ojos de Hab como los monitores antiguos lo hacían con los adictos a las pantallas catódicas.

-¡Sí, sí!,

¡claro, claro,

claro,

sí, sí, sí,

claro, claro,

bravo, claro, sí, sí, sí!

Hasta que cesó el sonido como una cajita que se cierra.

-Entiendo que están acá por que recibieron el tratamiento para estar en las pantallas y hacer las campañas y las presencias…

La luz se apagó un tanto (un alivio, por supuesto) y nubladas y todo, April, Mini o Carita no pusieron el grito en el cielo ni lo atacaron.

Más bien HaB sintió que las había maltratado.

Pero había resuelto ahogar la compasión, sólo recabar datos.

-Yo… duré una temporada, me dolía mucho la cabeza, perdí el pelo, mis codones se soltaron y dejé de oír los agudos.- la voz se perdió en una distorsión de baterías, de tensión y fluidos en baja.

-Yo brillé en las marquesinas de todos los metros y los buses… este tiempo es largo, demasiado largo… pero no se mide así, en mi temporada está toda mi vida, esta que dura es la muerte, pero puedo acordarme…

HaB miró a la tercera, April, Carita o Mini que miraba a las dos. Su mano de nácar sostenía un pulsador conectado a una finísima manguera donde un líquido se movía con luz y alguna que otra burbuja.

Sin que sus rasgos de estampa se conmovieran y con un gruñido nada mecánico seguido de un chirrido de uña sobre vidrios tocó el pulsador y al punto la luz gris del día copó el cuarto. Las tres cabezas calvas con sus mejillas de corcho quedaron en una desnudez tan real que los ojos de HaB las tomaron sin ningún dolor. Y tomaron también sus troncos de máquina, respirador, circulador, purificador, asentados sobre banquetas de ortopedia en la luz débil del día, sin ningún matiz atenuante.

Los cuatro sueños de Barbi

Primero

que Madelén la amamanta, en su regazo firme de huesos –recordar la sensación-, que tiene la camisa blanca abierta hacia un lado y ella se arrebuja en el hueco cálido. Que el seno de Madelén está tostado, dorado, como la cara y las manos. Que la aprieta contra el globo blando y ella chupa, que sin embargo el pezón es duro, no como chupete de silicona si no como pico de botella, gaseosa o refresco espidi, que tiene ganas de morder pero teme que Madelén se enoje y teme lastimarla, que no sabe qué teme más, pero ella está habituada a mascar esos picos, a distraerse probando la resistencia del plástico cristal hasta marcarlo. Que recuerda tener entre los dientes ese u otros objetos, los de escribir, por ejemplo, cuando iba a la escuela y recuerda haber quebrado más de una vez con los incisivos el canuto y haber escupido los pedazos con sangre de lengua o mejillas por adentro. Que el líquido que sale del pezón-gollete no es lácteo, es más bien emostase completo, no como el que le están dando que sólo la aclara, la pone fuera de sí en un estado allá arriba, calmo pero lejano, alto como para vértigo. Que es un placer sentir el químico que extraña viniendo de ese lugar. Que el rostro de Madelén no es el de ella, es un rostro bello y lunar, desconocido, pero sí es ella. Que de la nada descubre que en el otro pecho está Ceci, que Ceci chupa un canuto de respirar que sale del cuerpo de Madelén, que Ceci tiene los ojos abiertos

pero demasiado redondos como cuando nebuliza, que se pone muy celosa de ella. Que ceci se le muere al pecho. Que entonces se tienta y muerde con toda su alma y los dientes se le entrechocan.

Que ahí se despertó.

Segundo

que está con su madre, en el departamento, pero su madre está bajo una bata de toalla, con la cabeza envuelta en un turbante de toalla. Que la bata es vieja, raída, blanca pero casi gris de vieja. Que el turbante es de toalla nueva, color fucsia, encendido, que sube alto hacia arriba. Que bajo la máquina que se supone acaba de usar hay un cuerpo que se parece a la madre, pero de consistencia blanda. Que algo le dice que eso es la grasa de la que se libró después de tanto sacrificio. Que el ser de grasa tiene cara y sonríe, que en una mano tiene un frasco de mermelada o gel refrescante y le ofrece con un palito de médico. Que entonces mira a las toallas y al otro cuerpo y sabe que su madre es un envoltorio de toallas, y no se le ve un solo rasgo. Que la toalla fucsia le tapa la cara, y de ahí sale un humito o vapor teñido del color rosa fuerte. Que las mangas son largas y no hay manos, pero se tienden a ella, así como la cabeza, si está ahí debajo, se inclina amigable o amenazante. Que cómo lo sabría si no hay expresión, mirada, mueca. Que con un pie, o mejor dicho con la punta de la bata que se arrastra patea el cuerpo de grasa y lo convierte en un charco sin forma. Que de pronto sintió una ternura desalmada, que quería

obligarla a cumplir con su deber, que su madre, o ese envoltorio que la representaba debía abrazarla. Que se arrojó hacia ella.

Que ahí se cayó de la cama, y se despertó.

Tercero

que está con Javier, pero que no es el departamento de él, que están en su casa, pero no es como su casa, ella no conoce dónde vive, pero alguna vez hablaron y uno no puede no imaginarse lo que le están describiendo y que están ahí como ella pudo imaginarse que es el lugar donde vive Javier, pero que no puede asegurar nada. Que Javier le muestra al abuelo durmiendo, que es un bulto en el sofá y está la tele prendida, que le muestra sus juguetes, que son un camioncito y algunos autos y animales de plástico de los que regalaban con el sándwich *wow-mostro-gran campeón ,* todos en una caja de zapatos, que le muestra unos libros viejos pero eso lo mezcla con los libros que están en el mueble del departamento en el que vive con su madre, lleno de cosas ajenas, que esos libros pensó en dárselos a Javier cuando se dio cuenta de que él podía entenderlos, pero después se acordó de que sufría de la vista y eso podía hacerle mal y desistió, que cuando soñó con esto el rostro de Javier se transformó , volvió la cabeza y al enfocarla de nuevo ya no tenía ojos, dos, que había uno solo donde antes se juntaban las cejas, que no se asustó porque por fin veía su enfermedad y que cuando quiso consolarlo le dio dolor abajo

del ombligo y necesidad de orinar. Que no conocía la palabra *cíclope*. Que ahí se despertó

Cuarto

Que se escapa furiosa del hotel cuando quiere salir por la ventana y atrás de las cortinas divinas hay una plancha de metal que distorsiona su reflejo. Que no la ven, ni el tutor ni el seguridad de abajo porque sale cubierta con una campera de los de servicio que quedó en un pasillo. Que la otra vez se quedó con las ganas. Que las cosas que te gustan hay que visitarlas una vez en sueños y otra de verdad, pero no volver donde uno fue feliz, que esas cosas las decía una vieja que vivía al lado de ella y su madre. Que no le importó. Que el camino lo hizo más corto, por que bajó a la orilla frente al hotel en vez de seguir la costanera, que no había nadie, que el día estaba gris, que se sacó el calzado y caminó por el agua bajita, hasta los tobillos y fue al sesgo, o la línea del agua doblaba y se encontró que le llegaba a la cintura y vino una ola y la revolcó y riéndose a carcajadas, tosiendo por el agua en la garganta se dio de panza en la espuma que venía y otro revolcón y el mar tiraba para adentro y de pronto no había olas pero tampoco arena en los pies, que esa vez no le ardió nada salvo los ojos, y el pelo se le enroscaba en el cuello según el capricho del movimiento. Que al sacar la cabeza afuera vio un enorme animal de nariz ñata que la miraba con dulzura y se le deslizó como jugando debajo del cuerpo y la levantó y la dejó caer, que había a lo lejos

un bote negro de goma con hombres de negro y goma también que la debieron ver, y el sol que había salido le secaba los labios y quería dejarse ir, que los hombres la miraban con disgusto y decían cosas que no escuchaba.

Que no se despertó nunca de ese sueño porque no estaba soñando.

Entre el primero y el segundo sueño

El tutor se enoja. No debía estar durmiendo. Debía estar lista para el encuentro más importante de la temporada. Una *estar* deportiva, el más grande de los héroes mundiales/locales iba a estar con ella. Estar con la estar, la frase le retumba a Barbi entre las orejas. No está vestida, ni maquillada. Y el tiempo que lleva armar las mezclas, untarse, esperar que se activen. Ese momento llega con el ardor suave de las mucosas. Ella ya lo sabe sentir, lo ve venir en cierta alarma dolorosa, luego se aplaca un poco y después entra la piel, toda su extensión, en un adormecimiento activo. Sí, esto quiere decir, lo había preguntado para poder contárselo a alguien, (a quién, sólo Madelén posiblemente, en segundo plano siempre estaba HaB como testigo deseado de sus triunfos), que todo trabaja pero ella puede recostarse y despreocuparse de que su aspecto se desordene. Eso sí es un cambio. Recuerda que antes de todo el tratamiento, arreglarse era una historia. En el sentido de que todo lo que se armaba

con satisfacción, se desarmaba apenas uno empezaba a disfrutar. Que los bordes de la camiseta, que las axilas y los pliegues del algodón asomando, que las cintas del pelo, todo se deslizaba. Ahora todos tenían la ilusión de que las cosas no se caían. Y ella, sabiéndolo, podía imaginarse a sí misma en un estado de perfección desconocido. La estar era un jugador profesional, rostro neutro de innumerables espots, bien conocidos. Las sumas que lo rondaban eran incomprensibles. Se podía arriesgar una columna de ceros detrás de cualquier cifra y acertar con las fortunas que se movían alrededor del chico. Sí, un chico, en el sentido de las charlas del kiosco. Uno como ellos… sí… ja… así como era como ellos Barbi. A la vez común y especial, como el espidi o el buble, o el prisbi.

Ya está untada y activada. Siente todo lo que hay que sentir. El retraso es bueno para poner en su lugar al presumido. Vaya a saber qué le dijeron de ella. Qué sabe él. Qué historia van a tejer con ambos y sus imágenes copiadas para siempre.

Cuando entra al galpón-set, sólo hay un grupo oscuro de hombres vestidos de acetato con las tiras del rango y una mujer con la cabeza rapada que comparte la jerarquía de los otros. Precedida del tutor y unos paramédicos (la sesión va a ser larga si ellos están ahí) la retienen en el umbral a la espera de que volteen la cabeza y la enfoquen. Así lo hacen y no se verifica reacción alguna. Pero la mujer, en cambio, al verla, se acerca casi a gatas, en un arrastrón de obsecuencia que Barbi no había visto de tan cerca. Ella empieza a deshacerse en zalamerías verbales y corporales que desconciertan a Barbi, mientras los hombres, de vientre

hinchado bajo el elástico de los trajes le hacen el desprecio de ignorarla. Barbi imagina que las sumas que mueve ella, alrededor de ella, son menores a lado de las que se originan en su partener. Y con mueca de desdén a la pelada, espera que le digan. Entonces empieza un lapso que Barbi recordará con una mezcla de angustia, rencor y sorpresa. La tuvieron horas allí. Esperándolo. Rumores detrás de las puertas los alarmaban de cuando en cuando, pero nada sucedía. Cuando la furia estaba por sacar a Barbi de su calma estatuaria, y las sustancias activadas empezaban a caducar, llegó. Un rostro familiar, claro, ojos demasiado juntos, flequillo en la frente, orejas despegadas y mentón huidizo, como suele decirse. Bajo, tenía las piernas combadas, lo que le llevaba los centímetros que lo hubieran hecho aceptablemente alto. No miró a nadie, si eso era posible. Los acercaron y se retiraron dejándolos en el centro del galpón. Las luces se prendieron y ambos empezaron a moverse. No había guión, pero ambos sabían qué hacer. Sólo moverse, ofrecer ángulos de sus fisonomías para ser captadas. Una música de percusión a veinticuatro golpes por minuto los motivaba. En un momento él se sacó la camiseta y le vio un pecho lampiño, que brillaba de forma extraña, los ojos se le hicieron acuosos, con brillo excesivo. Así se veía ella, pero ahora no había espejo ni imagen reproduciéndose. Era otro el que aparecía tratado. Algo no le gustó del espectáculo, porque la furia de siempre empezó a atacarla. Se contenía, pero sudaba, y su líquido era ácido, más de lo normal, le habían dicho. Era un defecto, sí, pero qué podía hacer si el emostase que le daban estaba incompleto, si le faltaba la parte de la paz, del equilibrio

en las alturas. Si sólo le daban la parte de uou, que la encendía y la libraba a su propio equilibrio.

Sus mánayer le gritaban órdenes o más bien lo animaban para que respondiera con actitudes, él obedecía, la toreaba, se volvía aquí y allá con violencia como si buscara por dónde huir. Y se movía en torno a ella y ella respondía con rechazo, dándole la espalda, mirando hacia fuera del círculo. Afortunadamente la sesión terminó. El jugador estaba casi desnudo y se movía en torno a ella, que había perdido un poco el norte.

La felicitaron sin embargo. Los hombres se fueron con el rostro pasado de lascivia. Y la mujer pelada los siguió, rengueando porque no paraba de frotarse al tiempo que caminaba. Un paramédico de ellos –vestía igual- ya estaba untándolo con los neutralizantes a dos manos. Ella se fue con el tutor, encantado, que le dijo: *menos mal que llegamos, no hay nada más allá de esto para vos.*

Entre el segundo sueño y el tercero.

El depósito de emostase en el armario disimulado de la habitación presenta un cierto desorden. Barbi lo descubrió y en vez de estar pidiendo a cada rato y sufrir los visajes de los del servicio cada vez que la veían, prefería servirse sola. Los envases ya estaban sin precinto y a todos les faltaban unos decilitros. Cabía preguntarse por qué, pero Barbi no se lo dijo a nadie. Un trago para la furia, otro para la ansiedad y lograba un

nirvana que le estaba haciendo mucha falta. Pero la dosis estaba mal, porque los sueños se le disparaban, pasaba después a una vigilia furiosa y las cosas, en verdad, no ayudaban. Algo como nostalgia empezaba a aquejarla. Pero ¿cómo decirlo? ¿qué palabras nombraban eso que sentía? HaB y su vocabulario poderoso se le aparecían con frecuencia. Cuando volvió del encuentro con el jugador, sólo había podido tocarse, suave y persistentemente, poniendo de fondo la cara de su amigo.

Una van sin logo alguno la dejó en la puerta de su casa. Lo que había llevado, la mochila rosa, estaba en el piso, sobre la vereda. Adentro había un papel, donde la empresa se exculpaba del rompimiento del contrato y aclaraba, sin dar demasiados detalles que la culpa había sido de la otra parte, por lo cual no llevaba derecho a ningún porcentaje de lo estipulado. Y que sólo podía reclamar el salario de las horas trabajadas, según convenios, suma a la que debían descontársele también los tiques de comida y servicio extra que hubiera pedido. Barbi depositaba muchas esperanzas en esa suma. No tenía la menor idea de hasta donde podría solventar algún plan. Sin duda este debería adaptarse a las posibilidades. Eso la ponía, una vez más furiosa. Enfrentar a la madre sin saber todavía cuáles serían sus pasos, la volvía insegura y eso era intolerable.

Pero no había nadie en casa. Como la afortunada posibilidad no se le había ocurrido –por lo general no sabía cuándo salía, entraba, trabajaba o haraganeaba su madre- se sintió de buen humor y pudo cumplir la primera medida necesaria. Mejor si no había nadie… Asaltó la farmacia

cosmética de mamá sin miramientos, los hidrantes, los nutricios y los tónicos, todos los ungüentos uno tras otro, viendo con espanto cómo la piel, -que no miraba, sólo la mano se la iba reconociendo- se tragaba las sustancias en segundos, y se ponía a esperar más y más. Sin echar siquiera una miradita se envolvió en las tiras de toalla húmedas o mejor dicho engelatinadas de frío que se usaban después de cierta máquina y eso la puso mejor todavía. Bebió tanta agua de la cocina que se sintió aliviada del hambre que había empezado a sentir.

Cuando la madre llegó y la vio dormida en su camita, y los frascos vacíos por todas partes puso el grito en el cielo. Aulló, insultó y estrelló los envases por todas partes hasta que escuchó el clic de la llave que Barbi había girado en su puerta. Allí se dirigió a aporrearla

Sin respirar, hasta caer exhausta y seca de lágrimas. Y eso que no sabía nada todavía del fin del contrato. Y nadie se lo dijo nunca. Barbi durmió hasta la mañana, y sostenida por la novedad y sus resoluciones no echó en falta los tratamientos y su contraparte de neutralización, las bebidas mezcladas o disociadas, las combinaciones precisas que la estuvieran sosteniendo las semanas transcurridas. Se hundió en un dormir sin sueños.

Cuando salió del cuarto parecía una refugiada del desierto, las vendas flojas, la sábana envolviéndola mal. Primero fue y bajó las persianas y a la media luz resultante, detrás de un velo mal ceñido. Le dijo: -Me fui.

-¿Por qué?

-No me gustó.

¿Qué responder a eso?

Estúpida, estúpida, mil veces estúpida. Si la había desoído, si su criterio de madre no le había importado, porqué venir ahora a arruinar la oportunidad de su vida, de hacer una fortuna y ser admirada por todos. Y de tener por fin un pasar decente, ya que ella había dejado su vida por tenerla como una reina y… No dijo nada de eso. No se atrevía a preguntarle qué había debajo de las telas. Y luchaba por no echársele encima y pegarle como nunca por haber saqueado su arsenal de belleza, ah sí, una fortuna gastada para nada, para nada ahora que ella no recibiría nada… -¿Cobraste algo?

-No, recién a los seis meses. Estaba a prueba.

De la caja de botones la madre escogió con el dedo índice tres, después dudó, dejó una y la cambió por otras dos de otro color. Ofendida y temerosa, se metió en la cocina y no dijo más nada.

El camino hasta la casa de HaB lo hace una Barbi que es más bien una bolsa de lavadero olvidada emprendiendo el regreso a los cajones.

Es un atado de telas desprolijas, fantasma del atardecer desierto.

Una fugitiva que sigue el rastro salvador de un oasis en medio de dunas de indiferencia, desdén, desamparo.

Velada como una hurí se planta frente a la puerta del departamento, pasillo a oscuras.

Ya ha estado allí, en sueños.

Pero entonces había más luz.

Puede pensarse que la del espidi, que la del set, que la de las brillantinas desechadas.

Ahora no hay luz y no hay luz.

Es así.

Como un mantra desesperado eso es lo que ha estado repitiéndose.

Abre el abuelo, en las afueras de la vida, como siempre.

esperanza de abrir la puerta y que el que llame sea un salvador.

Pero es un envoltorio blanco de voz perentoria.

-¿Está Javier?

Está,

atrás de la puerta de su cuarto,

abriéndola,

plantándose delante de ella,

más o menos, según puede calcular.

También lleva puesta una tela blanca,

pero manchada de rojo,

de sangre,

alrededor de la cabeza,

sobre los ojos:

-¿Barbi?

Ella aparta de los suyos el velo, pero entiende.

-¿Qué te pasó?

-Decidí que no quiero ver lo que ahora tengo que ver.

Se encierran en el cuarto, se los oye hablar y hablar hasta que el noticiero empieza y el abuelo se sirve el caldo y toma su vaso de vino y pela una manzana.

Deja la mitad de la sopa, el agua que no bebió y media manzana en torno a un plato limpio y se tiende en el sofá a ver lo que siga al noticiero. El volumen bajo le deja oír el murmullo da la conversación. Pero no entiende una sola palabra.

Miel y semillas

La caseta es un laberinto de paredes descascaradas pero sin agujeros. Una cocina alargada con una mesa, dos o tres habitaciones, según se cuente una que tiene puerta al médano y su maraña de arbustos, y que más sirve de galpón. Allí encontraron un sinfín de cosas útiles: algunas colchonetas enrolladas, secas y calientes bajo el techo de chapa, trastos de cocina abollados como si los hubieran llevado a patadas. Algunas novelas policiales y revistas de idiomas de años atrás. El recinto que había sido bar o comedero era sin duda el mejor, pero tenía demasiada exposición. Lo que había sido entrada o vidriera estaba tapiado con

planchas de madera y allí se habrían de quedar. La primavera no había alcanzado todavía a entibiar el aire. El fondo de olas subiendo suavemente hasta empapar la primera arena, constante, empecinado sonaba tan diferente del fondo sonoro de la ciudad, que se hubiera dicho que no se parecían en nada.

Habían llegado al anochecer, los dos, tan extraños uno para el otro, pero tan iguales que la armonía era un estado natural. Envuelta ella en sus telas furacinadas, pero revestida de ropa común. Vacilante y necesitado de su mano él, pero con el irrisorio antifaz de avión sobre los ojos, sí, podían llamar la atención pero no había nadie en los alrededores. Fuera de temporada el vacío se poblaba de pájaros carniceros, perros vacantes, gente que pasaba en los colectivos por la costanera rumbo a trabajos en la ciudad. Y la escasez de arena no la hacía rentable para la próxima. Había que bajar por una escalera de cemento rota y cubierta de pasto hasta el repecho donde estaba la construcción. Dos o tres ruinas más se formaban frente a la playa. Que era por demás angosta para tentar tempraneros bañistas.

Salvo el vecino del otro lado de la ruta, entre los pinos su cabaña apenas más prolija, que había sido local de alquiler de juguetes con motor para la arena, y baño casi público. Y ahora criaba abejas, abejas de mar, que hacían una miel áspera y oscura, en base a resina de pino y flores duras por el iodo y la sal. En cajas de madera instaladas del otro lado, entre los tamarindos castigados por el viento. Amigo de su padre.

Ella había llegado allí sin preguntar.

Sin conceder.

HaB había propuesto y ella vio una alternativa a la desaparición. Que ya había comenzado.

La madre en un profundo sueño químico.

El dinero que sí existía, un porcentaje exiguo del contrato total en previsión de los daños que pudieran sobrevenirle.

Y las dos mochilas con todo lo que había podido robar de la farmacia de su cuarto de hotel y de la de su madre.

Soportar el ardor, la picazón, la vista de las escaras que se hacía, se haría con las uñas romas.

Había firmado la renuncia, nula por otra parte, pero suficiente para los tribunales, si algún protector volviera con pretensiones de mayores sumas.

Eso era dinero contante, y HaB jugó la carta que siempre había tenido en cuenta. La propiedad, o concesión, o alquiler sin vencimiento de ese pedazo exiguo de costa que se tragaría el mar en cualquier invierno, había sido de su padre, en veranos de juventud y atajos. Antes de irse de la vida una noche de confusión y cosas mal medidas. El abuelo lo había dicho una sola vez, en el pasado. Y HaB le pidió, a boca de jarro las precisiones para ubicar el lugar. Y el abuelo le contestó, sin saber que la intención del nieto era mantener ese dato resguardado. Muchas veces, en cercanías del kiosco, bajo los focos, en el humo de los vehículos y las risotadas de los amigos, había huido a ese desconocido recodo de playa.

Y ahora estaba aquí, con ella, ciego, y faltaba decirle el resto del plan…

Ella sabe juntar esa cosa marrón con las uñas. Al principio iba con todo el traje puesto, después sólo se dejaba los envoltorios, más para protegerse del sol que de las abejas. Y la sustancia se le quedaba allí, en el lugar donde la piel se le había vuelto negra, donde más le ardía, donde podían estar las bacterias de la peor infección –repartida en su cuerpo quemado por dentro, desprovisto de defensas-, bacterias que harían estragos. Y ella confiaba en la pulcritud de las pequeñas, hurgando en las flores tratadas con iodo y sal. Todo eso le venía al cuerpo por medio de la minucia oscura que roía con los dedos.

Ella sabe despegar los paneles de celdillas pesados de miel y otras cosas y sabe ponerlos en el lavarropas viejo, a manija, que gira todo lo rápido que pueden sus brazos. Y lo hace gritando, animando al viento cargado que gira allí dentro.

Ella sabe sacar del tambor primero la suave delicia y pasarla a los tarros de cartón que serán llevados temprano en la camioneta para ser diluida en frascos con etiquetas y propaganda y todo lo demás que sigue.

Ella sabe desprender los pedazos que quedan para ponerlos a fuego suave y cocinar el más fabuloso ungüento desde los tiempos de don Quijote –dijo Maic, que quería ser testigo de la veracidad de esos cuentos de milagros.

Ella sabe también, ella suele, tenderse como lo hacía en el hotel, y dejar que la unten con ese pringue, y que le hagan cosquillas porque está caliente y le soplen y le aprieten aquí y allá hasta que la risa la puede y los poros se abren y las sustancias desconocidas y el sudor hacen una papilla suave y resbaladiza.

Las manos de Javier no son ciegas. El humor de Barbi mejora. Cómo quisiera ver su cuerpo. Cómo conformarse con el recuerdo de las publicidades. Cómo limpiar de logos, jingles y productos esa visión de embeleso. Las manos de Javier saben que la piel de Barbi tiene costras y grietas, que hay que rellenar de miel y jalea y cera y espíritu de eucaliptos y de diente de león y de uña de gato y de gusanitos y cochinillas de mielada, esa piel enferma.

Las manos de Javier consiguen esa risa hasta que la pena le nubla y el triste es él. Barbi sabe, suele, quitarle el antifaz o la corbata negra que estaba entre los deshechos, y ponerlo de cara al fuego del brasero humeante de coquitos aromáticos y abrirle los párpados heridos y limpiar con agua de mar y miel la capa que cubre las pupilas. Entonces le agarra la cara y la pone bien cerca del fuego y le abre con firme suavidad los ojos y le pregunta

-¿Ves? Y él, nada.

-¿Ves? Repite,

-¿Ves? Grita.

Y él para conformarla le dice que sí, que ve luz, a veces roja, o amarilla, como llamas que se mueven. Y cuando de veras las ve, sigue diciendo lo mismo y ella se enoja.

Como antes. Ella se enoja, de tiempo en tiempo. Y se va a la orilla. Baja entre piedras hasta la arena mojada, descalza, desgreñada, sin cubrirse. Y habla y grita, frente al agua que va y viene. Y nadie la escucha porque el ruido cubre su voz. Vuelve y no quiere masajes. Come pan viejo con miel y se tira sobre sábanas ásperas, como cubiertas de arena después de un largo día de piel rojo por la playa y el sol.

A veces cenan en lo de Maic, pero ni ellos ni él estrechan el vínculo. Maic se presta a jugar el juego de la botella después de unas gotas de propóleo y alcohol, siguiendo unas reglas. Si salen Maic y Javier no se besan, si salen Barbi y Maic tampoco.

Después Maic se va adentro y usa lo que le trae el de la camioneta. Entonces los dos se vuelven y conversan, afuera, ahora que el clima está suave y cargado de perfumes. Se alegran por las abejas, dicen los dos y luego empieza Barbi y habla, habla, cuenta, recuerda. Su tema va muriendo y cuando calla, después de algunos instantes empieza Javier. A veces está largo rato hablando, a veces no.

Cuando el silencio es de los dos busca adentro un frasco de los que trajo Barbi y que va agotándose de a poco. Con cuidado lo aplica en el pelo de

ella, en los hombros apenitas, y después frota sus manos en torno a su cabeza para aprovechar hasta lo último.

Entonces Barbi baila,

con sus pasitos de siempre,

recortada en luz contra el mar y su sonido,

en su halo de brillantina.

Las piernas de oro se quiebran por las rodillas redondas,

el pelo en torno al cuello se esparce y desordena,

los ojos chispean de miel y de semillas.

El pedazo de cristal restante de la vieja vidriera le devuelve su imagen resplandeciente. Javier la ve, sí, la ve. Pero no se lo va a decir hasta un día del verano, que está por empezar, el día exacto en que ella cumpla diez, diez años.